

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA

el día 11 de Junio de 1916.



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
20, Paseo de San Vicente, 20.

1916

G-F 13836

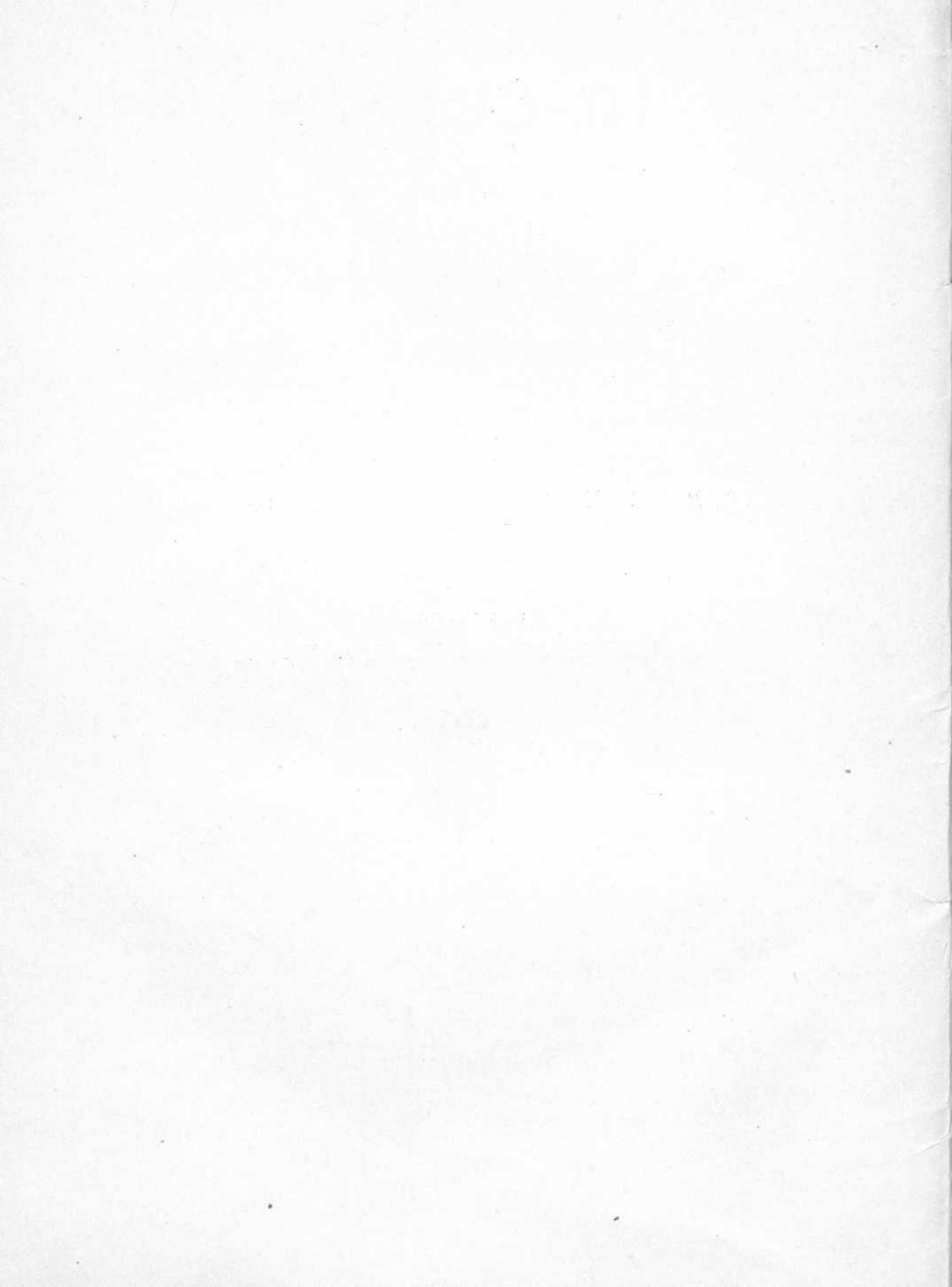
LOS MAYORDOMOS DE CASA Y BOCA (?) DE CARLOS V (1)

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA

+161791



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA

el día 11 de Junio de 1916.



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
20, Paseo de San Vicente, 20.

1916



SEÑORES ACADÉMICOS:

Uno de los más insignes cantores de nuestras glorias nacionales, y que en la segunda mitad de la pasada centuria contribuyó poderosamente a divulgar los más interesantes episodios de la historia patria, al dar comienzo a una de sus composiciones poéticas, exclamaba:

«... A vosotros llego
Casi viejo... casi ciego,
Y casi roto el laúd...»

Y ved, señores Académicos, cuán grande ha de ser mi pena en estos solemnes momentos—en los cuales todo debe respirar en torno mío satisfacciones y alegrías—al encontrarme con que, por el natural desgaste de facultades que el transcurso de los años trae consigo, me veo en tal grado de decaimiento que ni aun siquiera puedo permitirme el lujo de parodiar las frases de aquel fecundo novelista.

Porque llegó a vosotros... es verdad, pero no «casi viejo»... sino viejo del todo. La implacable sucesión de los tiempos ha apagado ya tanto mis entusiasmos juveniles, que hay ocasiones en las que llego hasta a dudar si fueron un sueño, o si constituyeron una realidad efectiva, aquellos arrestos que caracteriza-

ron mis primeros pasos en la intrincada senda de los estudios y disquisiciones históricas.

La nieve que corona las alturas de mi frente denuncia la formación de un helado glaciar, y del mismo modo que del lecho de los glaciares alpinos huye y se aleja todo lo que es calor y vegetación, del mismo modo, el fuego y la vivacidad de otros tiempos se han extinguido en mi cerebro, y los fulgores de lo que fué mi ingenio se han debilitado en términos tales que, haciendo ruinoso competencia a la vista material que ya me falta, bien puedo afirmaros que el «casi ciego» del poeta ya no me alcanza, puesto que intelectual y casi físicamente tengo ya que conceptuarme como «ciego del todo».

Y en cuanto a lo del «laúd casi roto»... avisados habéis de ser si, a pesar de vuestra indiscutible perspicacia, lográis encontrar, no ya los restos del laúd sonoro, sino ni aun siquiera el recuerdo de los ecos de aquellas palabras de respeto con que hace poco más de cuarenta años, y en este mismo salón, me cupo la honra de saludar a muchos de vuestros más insignes compañeros, cuya amistad me honró, cuyas lecciones atendí y cuya ciencia admiré.

Porque, habéis de saberlo: el día 5 de marzo de 1876, en que pisé por vez primera este augusto recinto,—tomando, desde aquella sesión memorable, parte activa en los trabajos preparatorios para la constitución de la Sociedad geográfica de Madrid, iniciada por aquellos inolvidables compañeros vuestros, cuyos nombres COELLO y SAAVEDRA están grabados con letras de oro en los anales del resurgimiento de la Ciencia Geográfica Española—el lunes 5 de marzo del 76, repito, se inició para mí una nueva era de estudios a los que nunca me había dedicado, se abrió ante mis ojos un nuevo campo de investigaciones y vinieron a constituirse en maestros míos, primero; en compañeros, más tarde; y en amigos cariñosos, después, aquellos hombres eminentes que me descubrieron el camino, el nuevo rumbo, la dirección que habría de imprimir a mis aficiones, con los cuales y con mi perseverancia—porque esa cualidad bien sabéis que la poseo—he llegado a ver coronada una labor de cuarenta años, con la mayor de las recompensas que el amante de los estudios históricos y geográficos puede apetecer... a ocupar

un modesto escaño entre los que fueron sus guías... sus amigos y que hoy sigue teniendo por sus más insignes maestros.

Y en estos instantes, para mí tan halagüenos, mi espíritu se está viendo combatido por algo que no le permite la expansión de la natural alegría que le inunda... y es que la divina Providencia, para advertirnos que la felicidad suprema no es de este mundo, tiene sabiamente establecida la ley de las compensaciones y de los contrastes; haciendo que, en aquellos momentos en que el dolor nos aflige, un rayo de luz... una esperanza sea el bálsamo que conforte nuestro espíritu; del mismo modo que, cuando la dicha nos embarga, el recuerdo del bien perdido nos haga pensar en lo efímero de nuestra existencia, invitando a nuestra alma adormecida por pasajeros goces a que

Avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte...
tan callando.

Por esta ley de la Naturaleza, señores Académicos, yo, que en el presente acto, sólo debía congratularme del bien alcanzado, me encuentro con que mi espíritu se conturba, mi vista, al extenderse sobre vosotros, no encuentra algo que la falta, y es que busca en vano la mirada cariñosa del amigo del alma, que al enterarse de que, entre vosotros, germinaba la idea de sentarme a vuestro lado... allá, en el lecho del dolor, hubo de decirme:

—Yo le ayudaré con todas mis fuerzas, si vivo... y si muero, dejándole mi plaza...

Y, como veis, el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de Béthencourt me dejó su plaza.

No estuvo del todo exacto Gustavo Adolfo Bécquer, el cantor de las obscuras golondrinas, que ya no volverán... cuando exclamaba:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

porque, los que vamos alcanzando edades avanzadas, al ver cómo desaparecen de nuestro lado y para siempre, nuestros deu-

dos, aquellos que fueron nuestros amigos de otros tiempos, no podemos menos de exclamar:

¡Dios mío, que solos quedamos los viejos!

y yo, personalmente, y tratándose de Béthencourt, no puedo ocultar que su muerte me ha privado de uno de mis más cariñosos amigos, porque cuando, procedente de las islas Afortunadas en que nació, vino por vez primera a Madrid, hallándose de visita en casa de uno de sus más ilustres paisanos (2), condiscípulo mío, en la Facultad de Derecho, se encontró conmigo, y al enterarse de mi próximo parentesco con una distinguida personalidad tinerfeña (3), quedaron echados los cimientos de una buena amistad que el prolongado y no interrumpido trato consolidó leal e indefinidamente.

Tratar de decirnos quién era Béthencourt y de hacerlos su elogio sería pretencioso de mi parte, porque, ¿quién puede aquí-latar sus merecimientos mejor que vosotros, que le trajisteis a vuestro lado, le seguisteis en su fecunda laboriosidad, le conferisteis el gravísimo cargo de Censor de la Academia y le asignasteis lugar preeminente en las importantes comisiones... de Indias, de Hacienda, de Recompensas, de Propaganda, de Compendio de Historia de España, y de propuestas para correspondientes?

Sus informes, sus discursos, sus noticias sobre materia genealógica, en la que tanto sobresalió, llenan las páginas del *Boletín de la Real Academia*, y de su amor a la Corporación no podéis menos de guardar indeleble recuerdo, porque bien sabéis que de él puede decirse lo que de los más heroicos artilleros: «Murió al pie del cañón»; porque en ese mismo sitio, y leyendo su discurso de contestación al del Recipiendario, general Martín Arrúe, le atacó la enfermedad que le ha llevado al sepulcro...

A ese hombre ilustre habéis querido que yo suceda. Cúmplase vuestra voluntad; por más que mi convencimiento sea el de que no he de poder llenar nunca el vacío que Béthencourt deja, y que lo breve de mi paso entre vosotros, dejará a su vez espacio suficiente para que persona de más valía que yo ilustre

el sillón que tanto brillantaron los Banqueri, Sáinz de Andino Castro, Corradi, Pujol y Marqués de Hoyos.

Y puesto que ya me tenéis entre vosotros, natural es que haga este último esfuerzo en cumplimiento del precepto reglamentario que me impone el deber de leeros estos mal pergeñados apuntes, que no otra cosa podrán ser las breves noticias sobre algunas particularidades relacionadas con la vida de Carlos V, como hombre—no como Emperador ni como Rey,—ya que sus *Estancias y Viajes*, recientemente publicados por mí, han sido la causa ocasional de que me hayáis otorgado un puesto entre vosotros. Disculpad, pues, la limitación de tiempo y de materia que en este trabajo habéis de encontrar, porque, como antes os he indicado, las imponen la decadencia de mis facultades y el temor de que me creáis capaz de abusar de vuestra benévola actitud, sirviendo platos fiambres o trasnochados en vuestra mesa, en la que sólo pueden y deben figurar las más frescas, selectas y nutritivas viandas.

No serán, desgraciadamente, así los platos que en este festín os ofrezca, ni aun siquiera tendrán la importancia en número y cantidad que aquellos que minuciosamente detalla el cronista Vandenesse en los dos banquetes imperiales con que nuestro Carlos V solemnizó, primero, la visita a Bruselas, en octubre de 1544, de la Reina de Francia, su hermana; y después, las fiestas del Toisón de Oro en Utrecht, el 3 de enero de 1546, en cuyos convites se sirvieron gran número de platos; y ya sabéis que en los servicios de la Real Casa se llama plato a un conjunto de viandas capaz, por su número y abundancia, de surtir el banquete más opulento y de mayor número de comensales.

Os hago gracia de la lista de estos platos, por lo fácil que os será el encontrarla en Vandenesse, como también de la rareza de alguno de los manjares, tales como Garza Real, Cisne caliente y frío, Pluviales, Pavo Real, Gelatina de cerdo, Obleas, Hipocrás blanco y clarete, etc., etc., que ya parecen desterrados de las mesas de nuestro tiempo.

Pero os he nombrado al cronista Vandenesse, y esto me trae como por la mano a hablaros de unos funcionarios palatinos que, por razón de sus cargos y sin darse cuenta de ello ni pretenderlo, han resultado tan cronistas del Emperador como Laurent

Vital en su *Relación del primer viaje de Carlos V a España en 1517*; como Guillermo de Montoiché, que relató el *Viaje y Expedición de Carlos V a Túnez en 1535*; como Pietro Vigo, que publicó la «relación de un contemporáneo» con el título de *Carlos Quinto en Siena en Abril de 1536*; como el anónimo autor de la *Expedición de Carlos V a Argel en 1541*; como monsieur D'Herbais, autor de la *Descripción de los Viajes, Hechos y Victorias del Emperador Carlos V de este nombre desde el año 1514 al de 1542*, y como el mismo Juan de Vandenesse con su *Sumario de los viajes hechos por Carlos el quinto de este nombre desde el año 1514 hasta el 25 de mayo de 1551*; y como la casualidad ha hecho que mencione juntos a estos dos cronistas, permitidme que, antes de presentaros a los *Maîtres de la Chambre aux deniers*, de las Casas Archiducal, Real, y por último Imperial, —objeto principal de estos apuntes,— os indique algo interesante, a juicio mío, que sugiere el examen de las crónicas de D'Herbays (4) y de Vandenesse (5), cuyos epígrafes tanta similitud presentan.

Bien sabéis, señores Académicos, que el sabio Mr. Gachard, individuo de la Real Academia de Ciencias, Letras y Bellas Artes, de Bélgica, se hallaba preparando la publicación del *Sommaire des Voyages faits par Charles Cinquième de ce nom..., escript par Jean de Vandenesse*, para que formara parte de la *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, que editaba en Bruselas dicha Real Academia.

Como consecuencia de estos trabajos, vino a España en 1843; y juzgad, señores, lo grande que debió ser su asombro cuando, creyendo *única* la *Relación* de Vandenesse, se encontró en nuestra Biblioteca Nacional con otra *Relación*, para él desconocida, escrita por autor también para él desconocido, y que comenzaba en el mismo año de 1514, y que, no obstante, abrazar nueve años menos, en los veintiocho primeros relataba los mismos hechos, descritos en la misma forma, con pequeñas y casi insignificantes variaciones que la crónica de Vandenesse, de cuya publicación se hallaba encargado. No sé si el hallazgo de la *Relación* de D'Herbays fué motivo de satisfacción o de contrariedad para Mr. Gachard, porque siempre molesta algo el ver que, cuando uno cree tener en casa el ejemplar único de

una obra, se encuentra con que, no sólo el pretendido ejemplar «único» no lo es, sino que es un plagio de otro que, no sólo no está en nuestra casa, sino que está en la del vecino. Yo de mí sé decir que la satisfacción que experimenté fué muy grande al poder hojear el portentoso manuscrito que, dedicado al Obispo de Arrás, el famoso Granvela, nuestra Biblioteca Nacional conserva.

No había necesidad de grandes investigaciones para comprender, desde luego, que nuestro manuscrito era el original y el de Vandenesse el plagio. D'Herbays era santiaguista y de la Cámara de Su Majestad, y consigna que «lo que relata lo ha visto todo, por haber estado allí presente y hecho los mismos viajes que el Emperador». Vandenesse era sólo contralor, esto es, servidor de más baja escala, y en el encabezamiento de su *Sommaire* dice que lo ha «recogido y puesto por escrito, habiendo seguido a S. M. en sus viajes». Recoger y poner por escrito no es lo mismo que presenciar todos los sucesos que se relatan.

Pero aún hay más, y Gachard lo confirma. Vandenesse, salvo ciertas adiciones y algunas palabras insignificantes cambiadas en el texto, no ha hecho más que seguir el de D'Herbays en los veintiocho años que éste abraza, y como también era servidor de la Casa Imperial, agregar lo que conoció en los nueve años restantes hasta mayo de 1551, porque es más lógico el asegurar que Vandenesse agregó, que no el suponer que D'Herbays suspendió su plagio nueve años antes de los que el otro detallaba.

Pero hay otro dato, que, en mi sentir, es el más concluyente, y que Gachard sólo indica como de pasada. Éste es el hecho de que ambas crónicas presentan una laguna desde octubre de 1536, en que ya se nota la carencia de fechas precisas, hasta fin de 1538. ¿A qué obedeció esta carencia de noticias detalladas? ¿No es curioso el hecho de que en ambos manuscritos falten? ¿Puede admitirse la casualidad de que ambos cronistas coincidieran en la misma omisión? Si pues está probado que D'Herbays fué enviado a Gante en 1536, por orden del Emperador, a aplacar a los ganteses, insurreccionados contra la reina María, y que no volvió a formar parte del séquito imperial hasta 1539,

¿cabe dudar que esta ausencia fué la causa de la laguna que se observa en su *Description*? Si pues D'Herbays fué el ausente y no lo fué Vandenesse, ¿cabe dudar que éste no era el autor, sino el plagiario del camarista?

Perdonad que me haya extendido en estos pormenores; pero como la tal laguna fué la causa ocasional de la falta de los doce días que no pude precisar en las *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, a pesar de diez años de inútiles pesquisas, bien merezco que me permitáis este pequeño desahogo, y que, para compensar de algún modo mi pasada contrariedad—y ved que digo pasada... no presente,—eche las campanas a vuelo y que, como los chicos—que no en balde estoy en la segunda niñez,—dé a los cuatro vientos, una vez más, la grata afirmación de que nuestra Biblioteca Nacional es la que conserva tan preciado manuscrito; que un sabio tan eminente como Mr. Gachard ha reconocido su prioridad sobre el de Vandenesse, y que éste fué el plagiario de nuestra crónica.

Amante de lo mío, de lo de mi casa, aunque en este punto no haya hecho más que repetir lo que estaba en la conciencia de Mr. Gachard, permitidme que me complazca en pensar con el poeta que

Ni quito ni pongo Rey;
Pero ayudo a mi Señor,

porque bien sabéis todos que mi señor se llama España.

Y volvamos a nuestros funcionarios de la Casa, sucesivamente Archiducal, Real e Imperial, que, sin proponérselo, resultan los más imparciales y efectivos cronistas del grande hombre que ocupó el primer trono del mundo moderno, y llegó a ser astro de primera magnitud en el cielo de la Historia.

Se llamaron Simón Longin, Pierre Boisot y Henri Stercke: el cargo que desempeñaban era el de *Maitre de la Chambre aux deniers*, y como el Diccionario de la Academia Francesa dice que la *Chambre aux deniers* era una «oficina en la que se arreglaba todo lo que se refería a los gastos de boca de la Casa del Rey», y como *Maitre* es el título que se daba en Palacio a «personas revestidas de ciertos cargos», podemos afirmar, sin que se nos tache de ilógicos, que tanto Longin, como Boisot y Stercke,

fueron los jefes de esa dependencia que se ocupaba de todo lo referente a la comida..., a la manutención, tanto del Soberano y Real familia, como del numeroso personal que, por razón de su cargo o servicio, tenía derecho a plato; esto es: a ser mantenido por la Casa.

El nombramiento que en el año de 1500 recibió Simón Longin fué el de *Maître de la Chambre aux deniers de Charles d'Autriche*, y revela que apenas nació el niño que más tarde había de ser el gran Carlos V, su padre, Felipe, *el Hermoso*, le organizó su casa y servicio, nombrándole el alto y bajo personal correspondiente, y, por lo tanto, el funcionario que había de cuidarse de todo lo relativo a los gastos de aquélla.

Por los documentos comprobantes de estas cuentas hemos venido en conocimiento de muchos detalles íntimos y que, por referirse exclusivamente a la vida del hombre, no han sido consignados por los grandes historiadores del Monarca, porque santo y muy bueno que éstos, atentos en primer término a la elevada jerarquía del personaje cuya vida tratan de darnos a conocer, nos digan, refiriéndose a Carlos V, que le tuvo en la pila la Princesa de Castilla, que así se llamaba la viuda del Príncipe Don Juan, el malogrado hijo de los Reyes Católicos; que concurrieron al bautizo gran número de Prelados; que la guarda y custodia del Regio vástago fué confiada a la Sra. D.^{na} Ana de Beaumont, viuda de Ravenstein (*Douairière*, que dicen los franceses), y a Enrique de Withen, señor de Beersel, como Gobernador y Chambelán; y hasta, si queréis, que la casa Archiducal pagaba sus estudios al celeberrimo Erasmo de Rotterdam, en la Escuela de Lovaina (establecimiento de que no hablan sus biógrafos), porque éstos y otros datos por el estilo rodean de mayores prestigios al personaje biografiado; pero como lo que nosotros buscábamos era seguir paso a paso, día por día, la vida del hombre, de aquí el que la relación diaria de Longin nos proporcionó la seguridad de haber conseguido nuestro propósito, hasta el día en que, por muerte de la Reina Católica, pasó Don Carlos a ser Príncipe heredero de Castilla, facilitándonos curiosas noticias, tales como la de que su nodriza se llamó Bárbara Servels (mujer de Juan van Asche); la Bercheresse (*Berceuse*), Josina de Nieuwerne; las niñeras, Juana Courtoise, Catalina van

Welsemesse y Gerina Garemins; el pintor, Santiago van Lathem; el tapicero, Juan Dupont; el Capitán de los Arqueros de Corps, Olivier Famart; el Caballerizo primero y Sumiller de Corps, Felipe Heddelbault; los Médicos, Maestros Lope de la Garda y Liberal Tivyssan; los Mayordomos, Gilles de Avelus y Gilles de Bousanton; el primer Capellán, D. Santiago de Guzmán, Obispo de León, y el Maestro de escuela, Juan de Anchiata, nombre que no puede menos de seros grato e inspiraros simpatía, porque trae a la memoria que su egregio discípulo, a la edad de cuatro años no cumplidos, sabía ya firmar y hasta enviar cartas, como la famosísima, que, desde Bruselas, dirigió a su abuelo el Rey Católico suplicándole que mandase ir a su madre, Doña Juana, al lado de su esposo, el Archiduque. ¡A cuántas consideraciones se presta tan importante misiva, no sólo por la edad y circunstancias del remitente, sino por su contexto, por la calidad del destinatario y por lo que se podía leer «entre líneas» acerca del Archiduque Don Felipe! Pero sea de esto lo que quiera, no puede menos de convenirse en que Felipe, *el Hermoso*, fué una figura de grandísima importancia, y que el papel que representó fué comparable al de un rico eslabón de platino que une dos eslabones de oro y brillantes en la cadena de los acontecimientos más salientes de la historia de la Humanidad. Fué Don Felipe hijo de aquel gran Emperador que se llamó Maximiliano, y padre del Emperador más grande de la Edad Moderna, que se llamó Carlos V. Creo, señores Académicos, que con esto está dicho todo, y que el relieve de su figura no podrá, tan fácilmente, ser borrado del retablo en que, como hijo y como padre de tan grandes hombres, se presenta a nuestra vista.

Habréis, tal vez, observado que entre los nombres del personal afecto a la casa del niño Carlos de Austria aparecen dos apellidos castellanos, y esto me sugiere una idea de español que no quiero ocultaros.

Felipe rodeó de extranjeros a su hijo. Extranjera la nodriza, extranjeras las niñeras y doncellas a su servicio, extranjeros todos los demás servidores, altos y bajos. Sólo eran españoles los encargados de cuidar de la salud del cuerpo y de la del alma. El médico Lope de la Garda y el primer capellán, D. Santiago de Guzmán, Obispo de León. ¿No veis en esto la mano de

la madre? ¿No veis en esto, tal vez, la mano de la abuela? Muy significativa es, a mi ver, esta coincidencia. Dos españoles fueron los encargados de la salud espiritual y temporal del niño Príncipe.

Los nombres citados y otros muchos más que omito, porque anotar todos los que aparecen en los justificantes y en las cuentas de Simón Longin equivaldría a transcribiros uno de los tomos del *Inventario-resumen de los Archivos de Lila*; esos nombres, repito, unidos a las funciones o cargos con que aparece señalado cada uno de ellos, dan cuenta exacta del fausto que rodeaba al regio vástago, y si a todo esto se agrega la nota diaria del paraje en que el Príncipe se encontraba, ¿cabe dudar que el trabajo de Longin fué más minucioso y detallado que el de algunos otros a quienes se considera—y se llaman ellos—cronistas del Emperador? ¿Pueden regatearse a Simón Longin los honores de cronista de Carlos V?

Pues este Mayordomo de Casa y Beca (permitidme que le llame así) es quizás el menos importante por la duración de su cargo y número de sucesos que relata: y si, a pesar de esto puede ser considerado como cronista honorario, ¿qué no haremos con Pedro Boisot, su sucesor, a quien en este mismo momento tengo el honor de presentaros?

Pierre Boisot fué nombrado *Maitre de la Chambre aux deniers* por Felipe, *el Hermoso*, y este nombramiento lleva la fecha de Valladolid a 24 de julio de 1506, habiendo sido confirmado en su cargo por «Carlos, Príncipe de Castilla y Duque de Borgoña», en Malinas a 11 de noviembre del mismo año, y por la muestra, su categoría personal era algún tanto más elevada que la de su predecesor, puesto que encabeza las cuentas llamándose Consejero y *Maitre de la Chambre aux deniers* del Archiduque de Austria, Príncipe de España (*sic*) y Duque de Borgoña, títulos estos últimos que modifica en las cuentas de 1516—como el mismo cuentadante anota—en atención a que desde 14 de marzo el Archiduque de Austria recibió el título de Rey de Castilla.

Aun cuando la confirmación en su cargo, por el Príncipe de Castilla, no tuvo lugar hasta el 11 de noviembre, como el nombramiento había sido hecho el 24 de julio, Boisot comenzó a rendir sus cuentas desde el 1.º de septiembre de 1506.

Estas cuentas fueron catorce, y comprenden desde este día hasta el 30 de junio de 1520, en que resignó su cargo en Enrique Stercke, de quien ya nos ocuparemos.

La característica de Pedro Boisot fué la de consignar en cada fecha el acontecimiento o noticia, a su entender más interesante, pero siempre personalísima, de su señor, y sobre todo que acreditase la razón del aumento de gasto en el día respectivo, todo lo cual, unido a la noticia diaria del punto de residencia de su amo, hace de Boisot un cronista, más cronista, si cabe, que el Mayordomo que le había precedido.

No creo justo, señores académicos, abusar de la benévola atención que me estáis prestando, transcribiéndoos aquí las numerosas notas que Boisot en sus *Diarios de gastos* intercala, porque sobre ser muchas las repeticiones de actos análogos, cuya sola relación haría interminables los presentes apuntes, hay otras noticias, a mi juicio, no tan interesantes, y cuyo relato acabaría con vuestra paciencia, y eso bien sabe Dios que no puedo permitírmelo.

Esto no obstante, y con el sólo objeto de que no tachéis de gratuitas a mis afirmaciones, y por mi deseo de que me acompañéis en el juicio que acerca de estos Mayordomos tengo formado, permitidme que os invite a una ligera excursión investigadora por el frondoso campo de sus famosas cuentas, y si accedéis a mi ruego, allí os encontraréis con que el Príncipe de Castilla celebraba en el día de San Andrés las fiestas del Toisón de Oro, con grandes solemnidades religiosas, Capítulo de la Orden, nombramiento de nuevos caballeros, suntuosos banquetes, y el último día con las exequias por los caballeros fallecidos; como asimismo que tomaba parte en la típica velada de San Juan, encendiendo por su mano las características luminarias; que no sólo asistía, sino que costeaba las bodas de personas de su alta servidumbre o de su mayor afecto; que recibió la Orden de la Jarretiera con gran pompa, dando, después, gran banquete a los enviados de la Corte de Inglaterra; que acostumbraba ir a ver pasar las procesiones desde las Casas de Ayuntamiento de varias ciudades, quedándose a comer después con los individuos que componían las Corporaciones, cuya invitación aceptaba; que hizo su solemne entrada, ya como Príncipe, ya como

Rey, y prestó solemne juramento en casi todas las poblaciones principales de sus Estados; que era muy dado a aceptar el hospedaje que le ofrecían los altos personajes del país, sobre todo cuando iba de cacería, ejercicio a que fué siempre muy aficionado; que menudeaba sus visitas a los Conventos, en los que pasaba generalmente las fiestas de Semana Santa con religioso y envidiable recogimiento; que se holgaba con ofrecer banquetes, ya a los Soberanos, ya a los Príncipes extranjeros que venían a visitarle, como asimismo a todos los individuos de su Real familia, y a muchas elevadas personalidades de su Corte; que asistía con preferencia a los ejercicios de tiro en que se ejercitaban los de Lovaina y a las fiestas y concursos del que pudiéramos llamar «gremio de Ballesteros», a cuyos banquetes concurría; que dió grandes muestras de serenidad cuando el incendio de una de las naves que le acompañaban en su primer viaje a España; y que manifestó la magnanimidad de su corazón y la hermosura de sus sentimientos, cuando los personajes de su séquito pretendían, nada menos que ahorcar a un modesto y honrado castellano, en cuya humilde casa había de pernoctar el Rey, por el enorme delito de haber producido muy densa humareda los hachones de viento con que el pobre labrador tuvo la inadvertencia de iluminar la escalera que había de subir el Monarca...; el cual, enterado del caso, hubo de decirles:

«Lo hizo por alumbrar mi paso, y su intención fué buena; antes bien merece premio que castigo.»

Estos eran los sentimientos que desde su juventud albergaba D. Carlos en su corazón. Este fué uno de los actos con que inauguró su reinado con ocasión de la primera de sus venidas a España.

Si en lo que podemos llamar texto de la Cuenta diaria de Boisot, hemos hallado tantas y tan diversas noticias, no es muy difícil asegurar que hallaremos alguna que otra curiosidad en los justificantes de aquel texto.

Por de pronto hay un recibo que nos revela que el Príncipe padeció una enfermedad, y el método curativo de la misma que fué empleado. Dice así: «A Gerardo de la Rosa, mercader de paños de lana, vendidos y entregados en noviembre de 1509. Primeramente por diez anas de fina escarlata roja para hacer un

cobertor y dos corsés para Monseñor el Archiduque, para utilizarlos durante sus últimas viruelas. Item por seis anas de paño fino rojo para tender alrededor de su cama durante dicha enfermedad y para la vista... Item siete anas de paño fino verde claro para la mesa de Monseñor cuando juega a las cartas. Item cinco anas de paño amarillo, encarnado y blanco para un vestido... para el enano Narre, tonto, para que esté mejor vestido cerca de dicho Señor.»

Como se ve, por este comprobante se viene en conocimiento no sólo de que el Príncipe pasó las viruelas, sino de la fecha en que las tuvo, y de que ya en 1509 se empleaba, como medicación para esta enfermedad, el vestir de rojo y rodear de telas de este color, como ahora y desde no hace muy largos años vuelve a hacerse, al atacado de aquella dolencia. También se nos dice que el juego de las cartas era pasatiempo admitido en la Real familia, y que el tonto... se llamaba *Narre*, o tal vez esta palabra, poco claramente escrita, sea *Nain*, esto es, enano.

También sabemos que el Príncipe aprendió música, puesto que nos encontramos más de una vez con documentos que acreditan las sumas recibidas por Enrique Bredeniers, organista, por las lecciones de manicordio y de otros instrumentos que daba al Príncipe y a sus hermanas; que su cronista e historiógrafo se llamaba Remy du Puis; que tanto D. Carlos como sus hermanas gustaban mucho de las representaciones teatrales y aun de tomar parte en alegres mascaradas y deportes en trineo, para todo lo cual el pintor van Lathen contribuía con su artístico trabajo; que Antonio Mors se llamaba el organero constructor del instrumento que se colocó en la capilla particular de Monseñor; que también gustó de verse retratado, como lo acredita entre otros el justificante de Bernardo de Orley, pintor de retratos (*sic*), por los seis que, del príncipe, su hermano D. Fernando y sus hermanas, fueron enviados a la Reina de Dinamarca, que los deseaba; que al maestro de escuela Anchiata, de que antes se hizo referencia, sustituyó en este cargo Adriano Florent (llamado de Utrecht) deán de Lovaina, Preboste de Utrecht, consejero (6), etc., etc., que fué más tarde apoderado para tomar posesión del reino «tan luego como el Rey (Fernando de Aragón) muriere»; que por Maximiliano, y previo cuantioso des-

embolso, se accedió a la emancipación tutelar del Príncipe, en quien el 23 de enero de 1516, y por fallecimiento de su abuelo D. Fernando, recayó la corona de Aragón, toda vez que el niño nacido el 3 de mayo de 1509, del segundo matrimonio del Rey aragonés con D.^a Germana de Foix, falleció a las pocas horas de su venida al mundo, hecho que demuestra que *nuestro hombre* era el llamado por la Providencia para regir el gran Reino de España que, por este segundo enlace, tan amenazado de división, se vió por el mismo que, con su primer matrimonio con Isabel, *la Católica*, había logrado constituir la unidad nacional. Ya en el trono D. Carlos, dirigió muchas cartas al gran Cisneros, siendo de las más notables aquellas en que daba «gracias a Dios por haberle proporcionado persona como la suya... después de la muerte del Rey católico»; la en que le enviaba el poder para la gobernación destes Reinos, recomendándole el envío de gente a Nápoles, y la en que le encargaba que «hiciera reparaciones en la Alhambra», con lo que demostró sus instintos artísticos y se comprueba que no es de hoy la necesidad de cuidados que tiene la joya granadina.

La entrevista primera que en 1517 tuvo el rey D. Carlos con su madre D.^a Juana, fué altamente cariñosa, revelando la gran emoción que ambos sentían, y de lo que testigos presenciales refieren, no parece deducirse, de aquel acto, el estado de tan efectiva demencia con que la historia nos presenta a la que se da a conocer con el nombre de D.^a Juana, *la Loca*, y de la estancia del Rey en Valladolid, en los años de 1517 y 1518, no puede menos de señalarse el famosísimo torneo en que D. Carlos justó con tal arrogancia y gentileza, que fué la admiración del brillante concurso que lo presenciaba, ganando, como diríamos hoy, el campeonato de justadores del mundo.

Y como término del sinnúmero de datos, como se citan en los justificantes de las cuentas de Pedro Boisot, mencionaré tres notas que juzgo altamente curiosas, a saber: La del viaje que Juan de Terramonda, Maestre de Artillería, hizo a Zelanda para aprestar las embarcaciones que el Rey *había ordenado tomar* para utilizarlas en su primer viaje a España en 1517; las cantidades abonadas al pintor Santiago Van Lathen por la pintura de las mesanas, banderas, pendones, cotas de armas y otras

cosas necesarias para el decorado de la embarcación en que el Rey había de realizar su citado primer viaje, y, por último, la siguiente nota de los libros que S. M. había de traer consigo a España, a saber:

«La primera parte de *Tito Livio*, iluminada de oro y azul.

La segunda década de *Tito Livio*, en pergamino y gran tamaño y también iluminada de oro y azul.

Las Crónicas de Francia, según Enguerant de Monstrelet, también en pergamino.

Primer volumen de *Giron le Courtois*.

Segundo y tercer volumen de *Giron le Courtois*.

Un cuaderno en rústica, de siete hojas de pergamino, rícamente historiado y escrito en gran letra bastarda, titulado *Las Crónicas de Jerusalem*.

Historia de Olivier de Castilla.

Hulin de Bourdeaux.

El tratado de las cuatro últimas cosas, con prólogo del autor, en rica vitela.

Dos *Pasiones*. La una escrita por el maestro Juan Marsel, y la otra por el Maestro Juan Jarson.»

Pedro Boisot, como antes indiqué, cesó en su empleo el último día de junio de 1520, resignando su cargo en la persona de Enrique Stercke, nombrado por Carlos V en Bruselas el 1.º de julio inmediato, desde cuya fecha comienzan las cuatro cuentas que he logrado comprobar, en esta forma: la primera, desde 1.º de julio de 1520 a 30 de junio de 1521; la segunda, desde esta fecha hasta 30 de diciembre de 1524; la tercera, desde 1.º de enero de 1525 hasta 30 de junio de 1527, y la cuarta desde 1.º de julio siguiente hasta 31 de diciembre de 1531; siendo verdaderamente lamentable la *desaparición* de las siguientes, sobre todo para mí, porque, como ya he dicho, el caso me traía obsesionado, porque esa fué la causa de no haber podido yo presentar las *Estancias del Emperador Carlos V* sin la laguna de aquellos días que, desde el 27 de julio de 1538, no logré puntualizar en los diez años que duraron mis inútiles pesquisas.

Habréis notado que momentos antes, cuando recordé este asunto, como asimismo, en las frases que preceden, he empleado,

locuciones en tiempo pretérito, porque desde hace pocos días (desde el 25 del pasado mayo) ya no existe esa laguna merced a las disquisiciones de la Sra. D. Alicia B. Gould Quiney, que de algún tiempo a esta parte estudia nuestros archivos investigando lo referente a viajes de Cristóbal Colón, y que, impresionada y hasta condolidada de ver la contrariedad que mis escritos revelaban, no sólo ha hecho el trayecto que supuse recorrido en 1538 por Carlos V desde Barcelona a Valladolid, sino que ha logrado en varios archivos—alguno de los cuales visité yo con adversa fortuna—hallar documentos originales y auténticos que ha fotografiado y con un altruísmo, con una generosidad y desprendimiento nunca bastantemente elogiados, *ha puesto á mi disposición* con datos irrecusables, que yo publicaré, primero como nota de estos apuntes (7) y después en hoja aparte, que circularé entre todos los que poseen ejemplares de mi obra, que para esto tuve la precaución de guardar nota de los respectivos poseedores.

Ya me había hecho concebir esperanzas de haber hallado algo referente a esta laguna un distinguido individuo de las Reales Academias Española y de Ciencias Morales y Políticas; pero la premura del tiempo y sus gravísimas ocupaciones literarias y políticas, no le han permitido facilitármelo, si bien confío en que, a pesar del hallazgo realizado por la Sra. Gould, no dejará de prestarme su valioso concurso. Y volviendo al generoso desprendimiento de esta señora, permitidme que os la presente como modelo de corrección, digno de ser imitado, y que reclame para ella vuestro aplauso, porque a ella, a su labor, a su competencia, y, sobre todo, a su generosa actitud se debe el que yo pueda en este solemne acto ofreceros las primicias del, para mí, tan importante descubrimiento.

Como Stereke, en las partidas que consigna, presenta grandes analogías con las de sus dos predecesores, no serán muchas las referencias que os extracte, como asimismo no me extenderé mucho en las consideraciones a que se prestan los justificantes de aquéllas, porque van alargándose estos apuntes algo más de lo que mis fuerzas permiten y de lo que de vuestra probada paciencia tengo derecho a esperar, y además porque creo haber acumulado material bastante para que hayáis podido formar juicio

acerca de lo que pudiéramos llamar tesis de este aspirante a discurso.

Vemos, pues, en las cuentas de Stercke llamar Emperador a su augusto amo desde el 10 de julio de 1520, el cual fué coronado en la iglesia de Nuestra Señora, de la ciudad de Aquisgrán, el día 23 de octubre siguiente; que celebró con la solemnidad y banquetes y capítulos acostumbrados, las fiestas del Toisón de Oro, en Worms, Valladolid y Toledo; que hizo su solemne entrada en Aquisgrán, Colonia y otras ciudades; que los Prelados de Lieja y Maguncia en las respectivas capitales de sus diócesis y el Conde Palatino en Neuschloss le albergaron y agasajaron, como asimismo el Rey de Inglaterra cuando en 1520 fué en su compañía desde Gravelinas a Calais, y luego a Londres, donde el 8 de junio de 1522 fueron ambos Monarcas juntos a la Iglesia; que sentó a su mesa al Rey de Dinamarca y al Nuncio de Su Santidad, para quien tuvo siempre grandes deferencias, y para no alargar más estas notas: que el 15 de febrero de 1526 sentó a su mesa en Madrid al rey Francisco I, en la memorable estancia de éste en la corte de España, y que el 23 de febrero de 1530 recibió la corona de Hierro de Lombardía, y el 24, día de San Matías, la del Imperio, en la ciudad de Bolonia.

Respecto a las noticias consignadas en los justificantes de las cuentas, algo de interesante, y tal vez poco conocido, podremos decir.

Ya hemos indicado el fausto con que D. Carlos gustaba de rodear todo lo que se refiere a la fiesta anual del Toisón de Oro. Veamos la mantelería que mandó hacer para aquellos suntuosos convites. La orden de pago nos lo dice así:

«A Jacques de Hooebosch, tejedor de Manteles en Malinas, 1.750 libras por la tela y hechura de tres manteles y tres docenas de servilletas que el Emperador mandó hacer para servirse en los capítulos de su orden del Toisón de oro. En uno de los manteles se encuentran, en medio, las armas del Emperador, y a ambos lados San Andrés y Santiago, con cuatro eslabones y el mote *Plus ultra* a los cuatro ángulos, y cincuenta escudos de armas de los caballeros de la Orden, según que en el último capítulo, celebrado en Barcelona estaban, colocados cada uno en un espacio hecho a la antigua, con el collar de la Orden alrede-

dor. Las armas reales con la corona encima; las de los duques, con la caperuza ducal; la de los condes, con la respectiva, y los otros sin nada; cuyo mantel y servilletas surtidas, deben ser para la mesa del Emperador. El segundo mantel, destinado a los Oficiales de la Orden, a saber: Canciller, Tesorero, Grefier y Heraldo, lleva, como el precedente, las armas del Emperador con San Andrés y Santiago, el mote, y a los cuatro ángulos, las armas de los cuatro Oficiales. Y el tercero, con las armas de Felipe, *el Bueno*; Carlos, *el Temerario*; Emperador Maximiliano y Felipe, *el Hermoso*, con el collar de la Orden y los eslabones, servirá para cubrir el *buffet*.

Creo, señores Académicos, que una comida compuesta de los platos que los cronistas detallan, y de que al principio os hice mención, servida con las portentosas vajillas, de que también se hace referencia, y en una mantelería como la que describe el documento antes copiado, hace honor al Soberano que la ofrece y a los elevados personajes a quienes se invita.

Y ya que de lienzos hablamos, viene como de molde otra partida de gastos, y esta sí que es para cosa de uso personalísimo del Señor:

«248 libras a Juana Parotte, mujer de Arnaldo Prevost, ayuda de cámara del Emperador, costurera (el documento dice *tingère*) del Emperador, por la hechura de 48 camisas que ha hecho para la persona y uso del Emperador.»

Siguiendo estos justificantes nos encontramos con una personalidad de que yo nunca había tenido noticia, y ésta es Bárbara de Heyle, de quien se dice ser «descendiente de nuestra sangre por parte de madre, viniendo de abajo, la cual ha sido educada y mantenida con la Archiduquesa de Austria».

Mis pesquisas para averiguar estas incógnitas han sido inútiles: sólo he logrado saber que esta señora estuvo casada con Monseñor de Himbercourt, Conde de Meghem.

Pocas son las referencias que puedo presentaros de la madre de D. Juan de Austria. En 1571 se entregaron «1.000 libras a Bárbara de Blomberch (8), viuda del finado Jerónimo Keggel, comisario ordinario de revistas del Rey, que fué; donativo por una sola vez». En 1572 se dice: «Otro gasto a causa del trato concedido a Madame de Blomberg, viuda de Jerónimo Kegel (alias

Piramo), Comisario que fué de revistas. Por último, en 1581, me dice algo más el asiento siguiente: «300 libras a Conrado Piramus (9) para y a nombre de Señora Bárbara de Blomberg, su madre, viuda del finado Jerónimo Kéghel, que fué escudero y comisario general de revistas de las tropas (*gens de guerre*) de Su Majestad y en virtud de cierto poder otorgado por dicha señora anfe Diego de Puerta, notario en la villa de Lugar (10) en España el 10 de junio de 1581 y ciertos testigos; a causa de 100 iguales libras que S. M. había previamente consentido y otorgado a su dicho difunto padre, de pensión anual, en consideración a los buenos y agradables servicios prestados por él en su estado de comisario de revistas, etc.», y ya en este orden de ideas, puesto que sólo «del hombre» nos ocupamos, mencionemos muy de pasada ciertos regios galanteos que en Valladolid, en 1517, tuvieron lugar, y viniendo a los justificantes de las cuentas nos encontraremos con que en 9 de julio de 1529, legitimó D. Carlos a una hija que, con el nombre de Margarita de Austria, vemos mencionada en documentos de los años 1538 y 1543, y en otros distintos, con el de Duquesa de Parma.

Asimismo nos hallamos con otra hija, cuyo nombre no se menciona, pero que en 12 de agosto de 1541 la vemos casada con el Duque de Camerín.

Cuando la profanación de los restos del Emperador insigne (que otra cosa no fué aquello de hacerlos pasto de la pública curiosidad en 1868) llamó mucho la atención al ver que la regia momia presentaba señales, en una de las piernas, de la consolidación de una fractura, entonces ignorada.

Uno de los comprobantes nos dice que el 29 de febrero de 1542 el César «estuvo enfermo a causa de aquel accidente sufrido en una cacería en las inmediaciones de Ratisbona».

Estos y otros datos que en obsequio, de la brevedad no enumero, pero que podéis encontrar en las cuentas de Enrique Stercke y en sus comprobantes, me hacen dirigiros esta pregunta: ¿Puede Stercke, pueden Longin y Boisot ser considerados como cronistas honorarios de Carlos V? Vosotros, señores Académicos, sois los llamados a dar la respuesta.

Pero antes de poner fin y término a la lectura de estos apuntes, encariñado como estoy con el gran Carlos V (veintisiete

años de prestarle constante atención lo sancionan), no puedo menos de entonar un himno de alabanza en honor de aquel grande hombre, proclamándole como esposo modelo, padre cariñoso y español, *muy español*, sobre todo.

Los muchos datos que le acreditan de esposo modelo y amante de su egregia consorte, los suministran todos los cronistas, y muy principalmente Enrique Stercke al referirnos que, hallándose el Monarca en Monzón pronunciando el discurso de apertura de las Cortes de 1533, recibió la noticia de hallarse gravemente enferma la Emperatriz en Barcelona. Tomó la posta y en menos de veinticuatro horas salvó la distancia de ambas poblaciones, realizando el más rápido de todos sus viajes, puesto que salió de Monzón el 19 de junio y llegó a Barcelona en la tarde del 20, según consigna el *Dieteri de la Diputacio dels trienis*. ¡Cuarenta y tres leguas en menos de veinticuatro horas..., y en aquellos tiempos y con aquellos caminos.. ! Pero le llamaba a Barcelona el cariño de su mujer enferma.

Referir las muestras de dolor de que Toledo fué testigo el jueves 1.º de mayo de 1539, cuando la Emperatriz pasó a mejor vida, sería cuento de nunca acabar. Su Majestad, que no se separó de su esposa hasta que D.^a Isabel exhaló el último suspiro; que asistió a las exequias de cuerpo presente, desde una ventana alta—desde la que se veía el altar—de la habitación transformada en capilla ardiente; que se encerró en sus habitaciones, sin consentir ver a nadie hasta el día 11, en que se trasladó al monasterio de San Jerónimo, conocido con el nombre de *La Sista*, permaneciendo en aquel santo retiro, buscando alivio a sus penas en los consuelos que la Religión presta a los verdaderos creyentes, hasta el 27 de junio en que, pasando por Toledo y sin detenerse en la ciudad, vino a pernoctar a Illescas para llegar el 28 a la *Casa de campo* del Licenciado Vargas, prosiguiendo en su duelo hasta el domingo 13 de julio, en que, solicitado por los asuntos de Gobierno, se trasladó a Madrid, permaneciendo alejado del mundo en esta villa hasta el 11 de noviembre, esto es, a los seis meses justos de su clausura en *La Sista*, en que acudió a implorar los consuelos del Altísimo.

Que fué padre cariñoso lo revelan sus atenciones y afectuosos consejos a su hijo D. Felipe, sus atenciones á D. Juan, sus

frecuentes convites y obsequios a las Duquesas de Parma y de Camerín..., y del amor a sus hermanos puede afirmarse que fué tal, que no hay un solo acto de su vida en que no se pautentice.

Por eso y cuando oigo decir que, por ahí..., en uno de esos espectáculos convertidos en escuela de perniciosos ejemplos, se ha representado a D. Carlos, de unos cuarenta años de edad y con un tipo muy parecido al de Francisco I, dando un brebaje a su madre D.^a Juana para que se vuelva loca y empuñar las riendas del Gobierno, no puedo contener mi indignación, no sólo por la vil calumnia que se infiere al que, cuando vino a España por primera vez, contando tan sólo diez y siete años, se encontró con que su madre llevaba ya enferma más de diez, sino porque, a las lecciones de crímenes y de horrores con que se ilustra a la niñez, se agregan las más absurdas mentiras, que contribuyen al desprestigio de la Patria y fomentan el desamor de sus hijos a la calumniada España.

No hizo eso D. Carlos cuando al noticiarle la victoria de Pavía, no sólo no tuvo una sola frase que pudiera molestar al vencido, sino que no se permitió más solemnidad que la de ir, en Corte a Atocha a rendir gracias a la Virgen soberana, y esto vestido de negro y sin muestra alguna de regocijo ni de festejo de ninguna clase, público ni privado.

Eso hacen los españoles. Eso hizo el amante de esta tierra, que al imperar sobre tantos y tan diversos pueblos, llegado el momento de distribuir sus dominios, deja el Imperio de Alemania para su hermano y ciñe en las sienes de su amado hijo Felipe, la corona de su amada España, la tierra querida que eligió para su retiro y para su sepulcro.

Dije al principio, señores Académicos, que la visible decadencia de facultades que en mí experimento, no me permitía ya presentaros en este acto más que algunos de los mal pergeñados apuntes que de tiempo atrás tenía recogidos, y que si me atrevo hoy a ofrecéroslos es tan sólo para no dar pie a que alguno de vosotros pueda repetirme aquellas significativas palabras que me obligaron a acelerar la publicación de las *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*:

«Lo que conviene—se me dijo—es publicarlas desde luego,

y no exponerse a que cualquier suceso imprevisto deje olvidado o disperso el trabajo de usted.»

El temor de ese suceso que mi excelente amigo vislumbraba, es el que me hace hoy imitar al inolvidable Béthencourt en lo breve del espacio de tiempo que medió entre su elección y recepción académicas (11), y a apresurar el paso para reunirme a vosotros. Perdonad si para lograrlo me presento con tan modesto bagaje, que bien sé que no es digno de vosotros, ni del grande *hombre* a cuya historia consagré el estudio de muchos años de mi vida, en la que ya no me van quedando alientos más que para rendir este último tributo al gran español que se llamó CARLOS V, con las mismas palabras que un poeta ya olvidado (12) dirigió al gran español que se llamó CERVANTES, diciendo:

Que si para cantarte voz me falta,
para admirarte corazón me sobra.

NOTAS

(1) Como en el cuerpo de este Discurso se copia lo que significa el cargo de *Maitre de la Chambre aux deniers*, y esto no tiene traducción en castellano, se consigna este epígrafe con todas las salvedades posibles.

(2) Don Luis Francisco Benítez de Lugo y Benítez de Lugo, Marqués de la Florida.

(3) Don Juan Manuel de Foronda, dueño que era de la casa situada en la plaza de la Candelaria, esquina a la calle del Castillo, que ostenta la lápida conmemorativa de haber nacido en ella D. Leopoldo O'Donnell, caudillo de la guerra de África de 1860 y primer Duque de Tetuán. También poseía la finca admirada por el archiduque Maximiliano de Austria en su viaje de circunnavegación de la *Novara*, por producirse en aquel «jardín», a causa de su situación en la ladera del Teide, desde el *líquen* de las regiones alpinas, hasta los frutos de las regiones ecuatoriales.

(4) *Description des voyages, faits et victoires de l'empereur Charles V^e de ce nom*, et ce qui est advenu jusques à son retour de Argel, escript de la propre main de Mons^r de Herbays, de la Chambre de la diete Majesté et chevalier de l'ordre de Saint Jacques, à sçavoir des l'an mil cinq-cents et quatorce à l'an mil cinq-cents et quarante-deux, ce qu'il à tout veu pour y avoir esté present et fait les mesmes voyages avec sa diete majesté.

(5) *Sommaire des voyages faits par Charles cinquième de ce nom toujours auguste*, empereur des Romains, Roi des Espagnes, de Naples, de Cecille, de Navarre, etc., etc., Archiduc d'Austrice, Duc de Bourgogne, de Bravant, de Geldres, etc., etc., Comte de Flandres, de Bourgogne, d'Artois, Seigneur et dominateur en Asie et en Afrique, des mers Oceane et Mediterranée, etc., etc., depuis l'an mil cinq-cents et quatorce jusques le XXV^e de may de l'an mil cinq-cents cinquante-ung inclusivement, recoeuillir et mis par escript par Jean de Vandenesse, contre-rolleur, ayant suivi Sa Majesté en tous les diets voyages.

(6) El Papa Adriano.

(7) Los siete documentos fotografiados, con que Mme. Alicia B. Gould y Quiney me ha favorecido, proceden de los Archivos de la Corona de Aragón y Regional de Valencia. Contienen las fechas de...

Barcelona, 26 julio 1538.

Martorell, 25 ídem.

Lérida, 31 ídem.

Zaragoza, 4 Agosto ídem.

Como se ve, la primera fecha corrobora la estancia en Barcelona; los dos documentos fechados en Martorell señalan la etapa de este punto; el fechado en Lérida corrobora el paso de Carlos V por esta ciudad, y lo que es más, que la fecha que se puso en las *Estancias*, etc., etc., *ad libitum*, resultó casualmente acertada, y, por último, los cuatro documentos fechados en Zaragoza demuestran el camino que el Emperador siguió desde Lérida y *el error con que supuse yo* el viaje desde Lérida a Valladolid. Por consiguiente, como la ruta desde Zaragoza a Valladolid es conocida, por haberla seguido el Emperador otras veces, resulta comprobado el itinerario en conjunto. Es de suponer que la fecha de la entrada de D. Carlos en Valladolid, resulte distinta de la que yo, *hipotéticamente*, señalé en las *Estancias*.

El servicio prestado por Mme. Gould es importantísimo, y la decisión de esta señora de proseguir, hasta el fin, sus investigaciones, merece las mayores alabanzas y la gratitud más profunda, y augura el feliz resultado de su generosa empresa, digna de ser imitada y de ser tenida como modelo de altruismo y desinterés.

(8) Como se ve, madame de Blomberg se firmó en este documento Blomberch, y su marido se nos presenta en estos documentos con su nombre escrito de tres maneras diferentes: Kegel, Keghel y Keggel.

(9) Por documentos posteriores se sabe que este señor Conrado Keghel (llamado *Piramus*) fué ennoblecido, puesto que se le llama «Señor de San Martín», y estuvo casado con Mme. Marie Cortrelles.

(10) En la provincia de Valencia existen tres poblaciones llamadas Lugar, que son:

Lugar Nuevo de Fenollet (partido judicial de Játiva).

Lugar Nuevo de la Corona (partido judicial de Torrente).

Lugar Nuevo de San Jerónimo (partido judicial de Gandía).

(11) Veintiocho días.

(12) Don Francisco Paula Entrala, fallecido en Filipinas hace más de cincuenta años.

EL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

Don Francisco Fernández de Béthencourt, nació en Arrecife—puerto y Cabeza de partido en la isla de Lanzarote—el día 27 de julio de 1851 y, según su biógrafo D. Santiago Otero, descendía de una de las más ilustres familias de las *islas Afortunadas*, en la cual brillaron el noble Maciot de Béthencourt, que se tituló Rey y Señor de las islas de Canarias, casado con la princesa Teguisa, de Lanzarote, hija del rey Guardafía, y él, próximo pariente del célebre Juan, señor de Béthencour y de San Vicente de Rouvray, Barón de Saint Martin-le-Gaillard, Chambelán de Carlos VIII de Francia, conquistador, Señor y Rey feudatario de aquellas islas, de que hizo homenaje a D. Enrique III de Castilla.

Comenzó sus estudios en los Seminarios de Las Palmas y de La Laguna, haciendo en esta ciudad sus primeras armas, publicando artículos y poesías de diversa índole; que más tarde, y cuando todavía no contaba con veinticinco años de edad, determinaron un nuevo derrotero, que sus inclinaciones á los estudios históricos le marcaban, publicando el primer tomo del *Nobiliario y Blasón de Canarias*, Diccionario histórico, biográfico, genealógico y heráldico de dicha provincia, cuyos siete tomos, por su documentada relación, por la cultura que revelaban, y, sobre todo, por el entusiasmo con que emprendía el camino de la investigación genealógica, le valieron que los Sres. Sabáu, La Fuente y Riaño le propusieran para Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Santa Cruz de Tenerife, siendo elegido el 12 de abril de 1879.

Poco tiempo después, y ya en Madrid, comenzó la publicación de los *Anales de la Nobleza Española*, que merecieron la más favorable acogida y cuyos 11 tomos (desde 1880 a 1890) reúnen cuanto de notable existe en el ramo genealógico; ya en los Archivos públicos, ya en los de las primeras Casas de la Grandeza española, hasta el punto

de ser hoy texto de consulta obligada para todos los que se dediquen a la Genealogía, que, merced a Béthencourt, ha llegado, entre nosotros, a una altura que nunca alcanzó.

En 1.º de junio de 1900 fué elegido Académico de número de la Real de la Historia, en la vacante de D. Celestino Pujol y Camps. Tomó posesión el 29 del mismo, y de su paso por la Academia nos da cuenta detallada el docto Secretario accidental de la Corporación Sr. Pérez de Guzmán y Gallo, en un artículo publicado en la *Revista de Historia y de Genealogía española* y en la Memoria histórica de la Real Academia de la Historia, desde 15 de abril de 1915 a igual fecha de 1916, como asimismo en la noticia necrológica publicada en el cuaderno correspondiente al próximo pasado mes de abril, del *Boletín* de dicha Real Academia.

Ocho discursos leyó Béthencourt en esta Real Corporación: el de su recepción, cuyo tema fué *La Genealogía y la Heráldica en la Historia*, otro en 9 de mayo de 1905 para conmemorar el tercer centenario de la primera edición del *Quijote*, y los seis restantes en las recepciones académicas de los Sres. Novo y Colson, Duque de T'Serclaes, Marqueses de Polavieja y de Villaurrutia, Obispo de Madrid-Alcalá y general Martín Arrúe.

Sus *Anuarios*, en los que, de una manera sintética, pero clara y documentada, se compendia la historia de las principales Casas de nuestra Nobleza, en sus tres aspectos de Grandeza de España, Títulos del Reino y Nobleza no titulada, produjeron verdadera sensación entre la gente de estudio y fué causa del éxito que, desde la aparición del primero de aquéllos, acompañó a obra tan útil como necesaria. Y estas cualidades se corroboraron cuando, suspendida la publicación—sin duda para atender a la de obras de mayor empeño—se vió obligado á reanudarla en 1908, en que, variando en algo la forma de los *Anuarios* anteriores, comenzó a dar a luz el primero de los cuatro tomos (1908 a 1914) que pueden ser considerados como ampliación de su *Historia Genealógica*, cuya publicación había comenzado en 1897, con el título de *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española, Casa Real y Grandes de España*, cuyos trece tomos constituyen un verdadero monumento levantado en honor de la Aristocracia de la Sangre, conteniendo la historia genealógica, heráldica y biográfica de las Casas de Acuña, Téllez Girón, Aragón, Cardona, Pacheco, La Cerda, Fernández de Córdoba y Borja, siendo muy de notar, en esta última, la concomitancia que hace resaltar Béthencourt, con la de los Duques, que Cervantes en su inmortal *Quijote* presenta.

No fué sólo la Real Academia de la Historia la que abrió sus puertas al docto y laborioso Béthencourt. Varias y muy importantes fueron las Corporaciones nacionales y extranjeras de que formó parte. La Real Academia sevillana de Buenas Letras; la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba; la Academia Imperial y Real *Adler*, de Viena; la Real Academia Heráldica de Pisa, el Colegio heráldico de Roma y el Consejo Heráldico de Francia le llevaron a su seno, ya como Correspondiente, ya como Presidente de Honor, lo cual hicieron las dos Corporaciones de Roma y Francia, últimamente nombradas, que le otorgaron tan elevada jerarquía.

Tan laboriosa existencia no podía menos de verse premiada con las más distinguidas recompensas: S. M. el Rey de España le hizo su Gentilhombre de Cámara con ejercicio; S. M. el Rey de Portugal le otorgó la Gran Cruz de la Concepción de Villaviciosa y S. M. el Rey de Noruega le condecoró con la Gran Cruz de S. Olav.

Trabajador infatigable, sin tregua ni reposo, así perseveró toda su vida, así le acometió la dolencia que—en el acto público de contestar, en nombre de la Real Academia de la Historia, al discurso del recipiendario general Martín Arrúe,— le llevó al sepulcro el 2 de abril de 1916, dando ocasión a las más sentidas manifestaciones de duelo por parte de las Reales Academias y demás Corporaciones de que formaba parte, como asimismo de lo más selecto de la alta sociedad española, en la que tantas amistades y simpatías disfrutaba.

Descanse en paz el alma del caballero cristiano D. Francisco Fernández de Béthencourt.

M. DE F.

CONTESTACIÓN
DEL EXCMO. SEÑOR CONDE DE CEDILLO



SEÑORES ACADÉMICOS:

Pienso que no me tacharéis de impertinente si al alzar mi voz de nuevo en este solar de la Historia, por una breve historia doy comienzo; breve y en algún modo interesante, bien que su interés se mantenga dentro de lo privado y fuera de lo público y trascendental.

Corrían, harto agitados para España, los primeros años del segundo tercio del siglo XIX, y ocupaba el Poder un Ministerio moderado, a lo que creo el presidido por el Conde de Ofalia. Conveniencias de Gobierno llevaron a ocupar el cargo de Jefe político, o, como hoy diríamos, Gobernador de la provincia de Toledo, a D. Martín de Foronda y Sánchez-Biedma, natural de Madrid, y oriundo de noble solar alavés, Maestrante de Ronda y descendiente de claros varones, cuyos nombres se enlazan con la conquista de Granada y con el descubrimiento de América. Residía a la sazón en su casa solariega de la imperial ciudad el Sr. D. Jerónimo del Hierro y Rojas, Vizconde de Palazuelos, Caballero del Hábito de Santiago, Coronel retirado del Ejército, y Alcalde más tarde de Toledo, que debió a su gestión iniciativas y mejoras de importancia; el cual, después de haber defendido con las armas en la mano los derechos de la reina D.^a Isa-

bel II, habíase retraído a su casa, obligado por una viudez prematura y por tener que consagrarse al cuidado de su única hija y de su hacienda. Jóvenes y caballeros ambos, el maestrante y el santiaguista, el Jefe político y el futuro Alcalde, Foronda y Palazuelos, en fin, no tardaron en trabar franca y sincera amistad, que se perpetuó adelante mientras a ambos duró la vida. Tampoco tardó el Jefe político, aunque gran cumplidor de los deberes de su cargo, en dejarse prender en las redes de Cupido, que lo cortés no quita a lo valiente, ni hay averiguada razón por la que lo Gobernador se oponga a lo enamorado. En resolución, el Sr. D. Martín luego contrajo matrimonio con una noble doncella toledana, D.^{na} Josefa María de Aguilera, hija de D. Enrique de Aguilera, Intendente de la provincia, y el Vizconde de Palazuelos figuró como testigo del acto. Pasados muy pocos meses de este suceso, llamamientos del deber trasladaron a Foronda del Gobierno de Toledo al de Ávila, y en la ciudad del Adaja vió la primer luz el primogénito del novel matrimonio. Requerido Palazuelos por la amistad de Foronda emprendió el viaje, traspuso el puerto, y en la fuente bautismal apadrinó al recién nacido hijo de su amigo, que recibió el agua de gracia en la misma pila que Santa Teresa. Como diez años más tarde fué también Palazuelos padrino de confirmación del párvulo, a quien administró el Sacramento el cardenal Bonel y Orbe en su palacio arzobispal de Toledo.

Sin duda habéis entendido que aquel tierno infante de Ávila y de Toledo no es otro que el propio Sr. D. Manuel de Foronda y Aguilera, a quien con tanta complacencia acabáis de escuchar; y ahora agregaré que aquel su padrino en los primeros solemnes actos de la vida del cristiano fué mi abuelo materno, por añadidura padrino también mío. Semejante nexo espiritual y bautismal hermandad, estrechados andando el tiempo con los más fuertes lazos que establece la comunidad de ideas, sentimientos y aficiones han sido, juntamente con el reglamentario mandato, los generadores de este discurso con que intento corresponder al del nuevo Académico. Y advertid, de paso, cómo en esta concurrencia de hermanos bautismales, ¡contrastos de la realidad!, no es el hermano mayor el que apadrina al menor, no es el Cronista de Ávila el que apadrina al de Toledo, sino todo

lo contrario. Es que el caso del Sr. Foronda difiere fundamentalmente de muchos otros. Es una vida larga y laboriosa para la que, en lo tocante al puro cultivo de la Historia, no hubo *consagración* temprana que sirviera de innecesario estímulo; pero la consagración vino a la postre, más justificada, más definitiva y ejemplar; consagración-cumbre, que desafía en las alturas el vendaval de la crítica, no de otra suerte que en el monumental edificio el airoso cimborio o la gallarda torre parecen suprema sinopsis de todas sus bellezas.

Dicho lo que antecede, en realidad huelga la que pudiera llamarse presentación oficial y solemne del nuevo Académico, a tono de lo que es uso y estilo en este linaje de solemnidades. Tanto valiera presentaros a quien de mucho tiempo atrás os es conocido, a quien estimáis y apreciáis por el diario trato, por las relevantes dotes de su persona y por lo excelente de sus obras. Pero... *lex est lex*, y cómo además, en este caso, no es *dura*, sino blanda y suave y regalada, permitidme recordar ahora en breve resumen la admirable labor del Sr. Foronda, que le ha abierto de par en par las puertas de esta Academia (1).

Bachiller en Letras, Licenciado en Derecho civil, canónico y administrativo y Doctor en Administración por la Universidad de Madrid, desempeñó sucesivamente Foronda durante su juventud, con el celo y la asiduidad que son notas características de su persona, varios empleos en la Biblioteca de la Real Academia Española, en la Dirección de la Deuda y en el Consejo de Estado. Sus talentos profesionales, sus personales convicciones y las refinadas preferencias de su espiritual compleción, lleváronle a ejercer con probados éxitos los cargos de Abogado consultor de varias Embajadas y Legaciones extranjeras acreditadas en Madrid, a saber: las de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Holanda, Suecia y Noruega, Portugal y el Brasil, países, los dos últimos, hermanos entre sí, y también hermanos nuestros, a la sazón aún constituídos en su tradicional y glorioso ré-

(1) Para las noticias biográficas que siguen, se ha tenido en mucha parte a la vista el extenso prólogo del Académico de número, Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, que aparece al frente del libro del Sr. Foronda, *Estancias y viajes del Emperador Carlos V.*

gimen monárquico. Con ocasión de las varias visitas hechas a España por regios personajes, la gran cultura de Foronda y sus conexiones con las representaciones extranjeras en nuestra patria, hubieron de convertirle en obligado acompañante de algunos de ellos, entre los cuales el *Kronprinz* Federico, más tarde Emperador de Alemania, y particularmente con uno, con el anciano y venerable D. Pedro de Alcántara, último Emperador del Brasil, tuvo una amistad tan llana y tan cordial como no suelen autorizar los respetos y leyes de la más alta etiqueta. Honrosas demostraciones del aprecio conquistado por estos servicios, a la vez prestados a España y a naciones amigas, fueron las condecoraciones conferidas a nuestro nuevo compañero, entre las cuales se cuentan las Grandes Cruces españolas del Mérito militar y de la Orden civil de Beneficencia; la de San Carlos, de Mónaco; las Encomiendas de la Estrella polar, de Suecia, de Cristo, de Portugal, y de Leopoldo, de Bélgica, y las insignias de Oficial de la Orden imperial de la Rosa, del Brasil, y de la Corona, de Prusia. A más honróle S. M. el Rey nombrándole en 1912 Gentilhombre de Cámara con ejercicio.

El amor de Foronda a la cultura y la flexibilidad de sus aptitudes inclináronle a colaborar en los trabajos de diversas Corporaciones y entidades, que tienen a gran honra contarle entre sus socios más preclaros. Así entró a formar parte de la benemérita Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, aceptando también los títulos de individuo de las de Barcelona, Sevilla, Badajoz y Almería. Así cooperó a los fines de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, en la que obtuvo el diploma de Académico profesor, como igualmente en la barcelonesa. Del mismo modo, en la Asociación de Escritores y Artistas, de la que es Socio de honor. Esta nuestra Real Academia, en 8 de abril de 1904, y la de Bellas Artes de San Fernando, en 4 de mayo del mismo año, eligiéronle por unanimidad Académico Correspondiente. Cuando, por marzo de 1876, se fundó la Real Sociedad Geográfica de Madrid, Foronda tomó tan activa parte como el que más en los trabajos preparatorios; de allí en adelante fué uno de sus miembros más conspicuos, Vocal de la Junta directiva en 1878, Vicepresidente en 1908 y Presidente honorario desde el 23 de noviembre de 1914, figurando hoy

como decano de los socios fundadores. Creada también en 1893 la Sociedad española de Excursiones, al punto se alistó Foronda en ella, como entidad que del todo respondía a su temperamento y a sus aficiones de siempre. Tres entusiastas de España, tanto más amada cuanto más conocida, fundamos aquella Sociedad: Herrera, nuestro compañero en estos escaños; Serrano Fatigati, hoy Secretario perpetuo de la Academia de San Fernando, y el que os dirige la palabra. Y era de ver cómo muchos amigos, amantes de las bellezas históricas, artísticas y naturales de la Patria, y Foronda entre ellos, realizábamos aquellas inolvidables excursiones al través del territorio, sin pases de circulación, ni billetes kilométricos, ni reducción en los precios, ni subvención alguna, ni más estímulo que el de los propios entusiasmos, cristalizados en las páginas del *Boletín* de la Sociedad, que, con sus veintitrés años cumplidos de existencia, ha sido uno de los propulsores del resurgimiento de los estudios arqueológicos en España.

Los trabajos de Foronda en estas y en otras Sociedades acreditaron siempre su gran competencia en cuantos asuntos tomaba a su cargo o le eran confiados. En la Económica Matritense evacuó varios informes pedidos por el Gobierno acerca de puntos tan interesantes como la *carestía del pan* y las *jornaleras del Estado* y asumió la ponencia para el Congreso general de todas las Sociedades Económicas de España, celebrado en Madrid en diciembre de 1902. En la Sociedad Española de Excursiones fué un colaborador diligente de su *Boletín* con sus artículos que en él aparecieron, titulados *Excursión a Esquivias*, *Tríptico de Rómulo Cincinato*, *Carlos V en Alcalá de Henares*, *Excursión a El Pardo*, *Un encargo por si se va a Illescas*, y *Estancia en Ávila de la Emperatriz D.^a Isabel durante el verano de 1531*.

Pero donde había de hallar su natural campo de acción dentro de las sociedades culturales era en la Geográfica. Foronda tomó asiduamente parte en sus deliberaciones; la ilustró con notables conferencias y fué el impulsor de las interesantísimas que en el seno de la misma Sociedad pronunciaron, entre otros personajes extranjeros, los ilustres Lenz y Nordenskiöld y el Príncipe de Mónaco, tan insigne por sus empresas oceanográficas. A mayor abundamiento, las páginas del *Boletín* de la Socie-

dad hállanse avaloradas con trabajos de tanta enjundia como los titulados *Cervantes, viajero*; *Sobre la división territorial de España*; *El cuarto Congreso de Americanistas*; *Elogio del Exce-lentísimo Sr. D. José Solano de la Matalinares, Marqués del Socorro*; *De Llanes a Covadonga: excursión geográfico-pintoresca*; *El Doctor Don Vicente de la Fuente*; *Sobre el régimen político y administrativo de la Guinea española*; *Sobre establecimiento de escuelas españolas en Orán*; *Discurso acerca de los progresos realizados por el Brasil*; *Discurso pronunciado como Presidente de la séptima y última sesión del Congreso geográfico hispano-portugués-americano*; *Estancias y viajes de Carlos V*, y *Bosquejo necrológico del Excmo. Sr. D. Francisco Coello de Portugal y Quesada*.

De Foronda es también una de las publicaciones de mayor alcance entre las emprendidas por la Sociedad, a saber: la *Nomenclatura geográfica de los pueblos de España*, mediante la cual aspiraba su autor a suprimir la confusión que se deriva de la existencia de mil y cien Ayuntamientos españoles que ostentan nombres repetidos, y hasta sextuplicados. Foronda puso *apellidos* a esos nombres, en la Geográfica se discutió el proyecto con todo detenimiento y, en fin, se elevó a la Superioridad, en cuyo seno duerme plácidamente, como tantas otras iniciativas útiles, hasta que, quien pueda y quiera, le diga algún día: *Levántate y anda*. Sin tiempo para juzgar aquí tan abundante labor geográfica, sólo insistiré brevemente acerca del trabajo *De Llanes a Covadonga*, que, leído en parte por su autor en 1884 ante la Sociedad, publicóse, muy ampliado, años adelante, precedido de un patriótico y encomiástico prólogo del ilustre y en esta casa inolvidable General Gómez de Arteche. Pocos libros conozco que por el recalcitrante excursionista se lean con tanto gusto como *De Llanes a Covadonga*; pocos también en que el elemento geográfico y el descriptivo-pintoresco, el histórico y el arqueológico aparezcan tan ponderados. Acerca de su mérito intrínseco, básteme repetir lo que de él dijo otro insigne Académico de la Historia, el Sr. Fernández Guerra: que el día en que todas las poblaciones contaran con monografías por el estilo de las que este trabajo comprende, se habría dado el gran paso en la Historia de España.

Cuanto conocen a Foronda saben que una de las notas características de su persona es la de ser *el cronista de Ávila*. Muy amante de su ciudad natal, en la que suelen transcurrir para él los meses estivales, entusiasta de sus glorias históricas y artísticas, a la noble Ávila dedicó toda una serie de estudios, a que correspondió el Municipio abulense con el mentado título de Cronista y con los también muy honrosos de su Regidor perpetuo y su hijo predilecto. Con qué justicia se hicieron aquellos nombramientos, díganlo trabajos como los rotulados *Crónicas de Ávila*, *Un códice sobre cosas de Ávila*, *Las murallas de Ávila*, *Antigüedades de Ávila*, *La Parroquia de San Pedro, de Ávila*; *Traslación del cuerpo de San Segundo, de Ávila*; *Controversias: Isabel la Católica, ¿es de Ávila?*, *Festejos antiguos en Ávila* y *El veraneo en Ávila*. Y como para un avilés de espíritu abierto a las grandezas de su patria no hay nombrar a Ávila sin recordar a Santa Teresa, Foronda amó la prócer figura de esta Santa, honra de su sexo, de Ávila, de Castilla, de España y del género humano, y fué publicando otra serie de estudios *teresianos*, entre los cuales un *Elogio de Santa Teresa*, *La Santa de Ávila*, *El retrato de Santa Teresa*, *Convento de la Encarnación, de Ávila, y su fundación*, *El convento de Santa Ana, de Ávila*; *La escalera del convento de la Encarnación, de Ávila*; *Inscripciones teresianas*, *Una carta inédita de Santa Teresa*, *La alcoba donde nació Santa Teresa, Primera edición, publicada en Ávila, de la vida de Santa Teresa* y *Biblioteca y Museo teresianos*.

Devotísimo Foronda del Príncipe de los ingenios españoles, a Cervantes consagró también algunos eruditos y razonados trabajos, como, a más del ya mencionado *Cervantes, viajero*, otros que rotuló *Cervantes y el P. Haedo*, *Cervantes en la Exposición Histórico-Europea* y *Cervantes de Alcalá de Henares*. Y por si esto fuera poco, refundió la comedia *La Entretenida* y el entremés de *Los Habladores*, generalmente atribuido al inmortal calaín, que estrenó el notable comediante Rosell y que en Madrid se ha representado varias veces.

Fuera de estas determinadas materias, en que tanto se distinguió Foronda como especialista, todavía enfiló otros asuntos históricos de varia índole, ora trazando monografías de algunos antiguos edificios religiosos de Madrid, como las dedicadas

al convento de San Plácido y a la Abadía de San Martín, ora aportando nuevos datos para el estudio de famosos personajes, y así en los *Documentos del Infante D. Alfonso* (hermano de Enrique IV) y en *D. Alvaro de Luna y el tumbo del Monasterio de San Martín de Valdeiglesias*; ora narrando las vidas de otros menos encumbrados sujetos de pasados tiempos, como hizo en sus estudios sobre *Mosén Rubí, El Maestro Lobato, El Maestro Tomás Luis de Vitoria, El Obispo D. Sancho Dávila y El pintor abulense Francisco Martín*; ora, por último, con sus necrologías de contemporáneos ilustres, de las cuales ya algunas mencionadas, y dedicadas otras a D. Luis Raceti, a D. Cristóbal Pérez Pastor, a D. Eduardo Saavedra, a D. Manuel María del Valle, a S. A. R. la Infanta D.^{ca} María Teresa y al General Azcárraga.

Sobre todos estos aspectos de la actividad histórica de Foronda hay todavía uno que más alto se destaca, y que pudiera decirse imprime carácter en la persona de nuestro distinguido compañero. Con esto ya habréis entendido que me refiero a la serie de sus lucubraciones tocantes a aquel gran Rey-Emperador, Carlos I de España y V de Alemania. Y como la dirección de sus estudios venía impulsándole en mucha parte del lado de la Geografía, el gran fervor *carolino* de Foronda derivó principalmente por el cauce geográfico, resolviéndose en numerosos estudios parciales. Ya hube de mencionar el trabajo *Estancias y viajes de Carlos V*, que publicado en 1895 en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, y también en folleto aparte, había de ser modesto tronco de un árbol de frondosísima pompa. Pues a éstos hay que añadir los opúsculos siguientes: *Carlos V en Llanes, Carlos V en Mallorca, Carlos V en Asturias, Carlos V en Alcalá de Henares* (antes citado), *Carlos V en Ávila, Carlos V en Illescas, La Emperatriz y Carlos V en Ávila, Efemérides de Carlos V, Viruelas de Carlos V, El día de San Matías y Carlos V, Fiestas del Toisón en Utrecht en 1546, Corridas de toros en tiempo de Carlos V y Bodas imperiales en Sevilla en 1526*.

Estos trabajos no eran sino materiales adecuados para construir un gran edificio, cuya traza, como ocurre en la mayoría de los casos, no surgió en la mente de Foronda sino por consecuencia de fortuitas circunstancias. Entre los años 1876 y 1882

el sabio Gachard sacaba a luz en Bruselas, en la *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas* el *Itinerario* y el *Diario de los viajes de Carlos V*, y anteriormente, en 1865, había aparecido en Gotinga la obra de Stälin *Aufenthaltsorte Kaiser Karl V Forschungen zur deutschen Geschichte*. Grandemente interesaron a Foronda uno y otro trabajo. Con motivo de la aparición de su ameno libro, ya citado, *De Llanes a Covadonga*, hubo en parte de utilizarlos y en él publicó los itinerarios del Emperador, de Villaviciosa a Valladolid y de Santander al propio Valladolid en los viajes realizados a la Península en los años 1517 y 1522, respectivamente. Era meritísimo Director de nuestra Academia D. Antonio Cánovas del Castillo, de perdurable memoria entre nosotros, el cual, conocedor de la *excursión geográfico-pintoresca* de Foronda, instóle, afectuoso y enérgico, a que corrigiera y completara los itinerarios de Carlos V, de Gachard y de Stälin. No sin alguna vacilación, Foronda decidióse a hacerlo, y fruto de esta labor fué la publicación, al cabo de cinco años, en 1895, del primer ensayo de las *Estancias y viajes de Carlos V*, en el cual se extendía ya a toda la vida del Emperador, lo que Gachard limitara al período comprendido entre septiembre de 1506 y febrero de 1551. Acogido el opúsculo con un interés superior al que el mismo Foronda hubiera podido prometerse, bien pronto conoció su autor que para revestir á la obra de toda la autoridad necesaria, érale forzoso variar su estructura, ampliarla abundantemente, documentar día por día el no corto período de más de medio siglo a que alcanzó la vida del Emperador y Rey. Foronda echó sobre sus hombros tan pesada carga, que requería el manejo y el estudio de centenares de libros y de millares de documentos. Partiendo de la base que había servido a Gachard para componer su obra, es, a saber, de la *Description des voyages faits et victoires de l'Empereur Charles Quint de ce nom*, de M. D'Herbays y del *Sommaire des voyages faits par Charles le Cinquième de ce nom*, de Juan de Vandenesse, utilizó después con gran provecho las cuentas de los oficiales de la Cámara del monarca; todas las crónicas e historias conocidas de Carlos V, antiguas y modernas, españolas y extranjeras, y muchos de los libros y folletos que se ocupan en sucesos de su reinado y de su tiempo, que son legión y repre-

sentan un muy considerable repertorio bibliográfico (1); trabajos publicados en boletines y revistas españoles y extranjeros; las colecciones impresas de documentos coetáneos, las muy ricas, manuscritas, de nuestra Academia; las Bibliotecas Nacionales de Madrid, de París y de Bruselas, la de S. M. el Rey, las de nuestras Corporaciones oficiales y varias del extranjero; los Archivos históricos nacionales, muchos de Corporaciones civiles y eclesiásticas, de Casas tituladas españolas y de particulares, y no pocos de Francia, Bélgica, Alemania, Austria y Mónaco.

Y así metódica y sistemáticamente encaminada y proseguida la labor—labor de enclaustrado beneditino más que de ciudadano que vive la vida del siglo,—tras de veinticinco años—; media vida de un hombre!—de tenacidad investigadora y adaptadora, en Octubre de 1914, con todo el decoro y el realce a que el augusto protagonista era acreedor, en edición verdaderamente regia e imperial salió a luz la magna obra de Foronda (2). Yo no vengo a descubríros la. Todos conocéis ese espléndido volumen, cuya confección honra al establecimiento que lo hizo; ilustrado con cartas geográficas, planos y vistas de ciudades, croquis de batallas, retratos, medallas, autógrafos y sellos, todo ello acertadamente distribuído, para que al texto cronológico-histórico-geográfico acompañe la visión gráfica de personajes, localidades y acontecimientos. No es ni ha pretendido ser la obra una historia más de Carlos V, ni la mejor de

(1) *Vid. Bibliografía de Carlos V. Catálogo de las obras que posee el señor D. Francisco de Laiglesia y ha cedido a la Academia de la Historia* (Madrid, 1911). Aunque tan copioso, este *Catálogo* es susceptible de no pocos aumentos.

(2) *Estancias y Viajes | del Emperador Carlos V, | desde el día de su nacimiento | hasta el de su muerte, compro- | bados y corroborados con do- | cumentos originales, relaciones | auténticas, manuscritos de su | época y otras obras existentes | en los Archivos y Bibliotecas | públicos y particulares de Es- | paña y del Extranjero, por Don | Manuel de Foronda y Aguilera.*

Año [*escudo de las armas imperiales*] 1914.

(Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1914).

Un volumen en 4.º mayor, de XLIII + 714 páginas y otra de colofón.

Cubierta.—Anteportada.—Portada.—Dedicatoria «A S. M. el Rey Don Alfonso XIII».—«El autor y el espíritu de este libro», por el Excelentísimo Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, de la Real Academia de la Historia.—«Al curioso lector», por Manuel de Foronda.—«Signaturas empleadas en el

todas ellas. Pero sí es, y ya lo observó uno de los críticos que la han juzgado con más acierto (1), una cronología histórico-geográfica completa y obra única en la bibliografía universal. Sí es, como ha dicho acertadamente el Sr. Pérez de Guzmán en el nutrido prólogo que la precede, «el *Libro maestro*, sólido y permanente, de la vida, de la historia, del carácter, del influjo del nuevo César en la política, en las ideas religiosas, en las empresas militares, en el orden social, en el giro de las ciencias, en las manifestaciones de las artes, y, sobre todo, en las leyes constitutivas y fundamentales de la sociedad internacional europea y en el equilibrio de los pueblos, de las razas y de los Estados que las gobiernan y las civilizan y que de su reinado emanan»; el *Libro maestro*, en fin, «donde han de parar todas las consultas, todos los gérmenes de inspiración sobre cuantas obras generales o parciales en lo sucesivo se conciban y ejecuten, porque de sus datos se obtiene la fijeza incontrovertible de los lugares y fechas en que se han realizado al día todas las acciones de aquel hombre superior, en cuya personalidad se condensa, no el espíritu de un siglo, sino la transformación completa de la vida política y social, intelectual y artística de todo el continente durante todo el período que en la distribución de la historia humana se comprende bajo el dictado de la época moderna, o sea desde el Renacimiento hasta la Revolución francesa» (2).

texto de las Estancias y Viajes del Emperador Carlos V».—«Corrigenda».—Texto de la obra, distribuido por años, desde el 1500 al 1558, ambos inclusive.—«Estancias póstumas».—«Efemérides».—«Relación de las ilustres y doctas personalidades que, ya con sus indicaciones y consejos, ya facilitando el estudio y examen de los documentos, ya con sus noticias o ya con su gestión personal, han favorecido al autor del presente trabajo sobre Carlos V, en los muchos años que han perdurado sus investigaciones».—«Índice alfabético de los 3.079 nombres de personalidades que se citan en la presente obra, con expresión de la página respectiva en que han sido mencionadas».—«Índice alfabético de los 1.733 nombres geográficos que se citan en la presente obra, con expresión de la respectiva página en que van mencionados».—«Índice general».—Colofón.

(1) *Un libro imperialista. La obra del Sr. Foronda juzgada por el Conde de Doña Marina* (Madrid, 1915).

(2) Pérez de Guzmán, *El autor y el espíritu de este libro. Prólogo a la obra Estancias y Viajes del Emperador Carlos V*, del Sr. Foronda. (Madrid, 1914), páginas XXI y XXII.

Publicado que fué el libro, recibióse en todo el mundo culto con general aplauso. Corporaciones sabias y escritores de nota, españoles y extranjeros, hicieron llegar al autor sus elogios entusiastas. La Prensa diaria y las revistas técnicas acomodábanse al común sentir en sendos artículos bibliográficos y críticos. Príncipes y soberanos reinantes, y entre ellos S. S. el Papa Benedicto XV, felicitaron efusivamente a Foronda, y S. M. el Rey D. Alfonso XIII, Augusto sucesor de Carlos V, al aceptar la dedicatoria de la obra, contribuyó a su divulgación, enviando ejemplares de ella a los Jefes de Estado y a los Archivos donde el autor había colectado buena copia de materiales para componerla. La Academia de la Historia, en notable informe suscrito por el Sr. Laiglesia, dijo del libro que «quedará ya para siempre como el itinerario más serio y completo que se ha hecho del Emperador, como guía indispensable en el porvenir de todos los que quieran escribir su historia o su biografía» (1). Por si esto fuera poco, nuestra misma Corporación, en el año de gracia que ahora corre, otorgó al Sr. Foronda, como galardón preciadísimo y en concurrencia con otras cinco obras, alguna de ellas de relevante mérito, el premio al talento, instituído por D. Fermín Caballero. Y la digna Comisión informadora que intervino en el asunto, en su dictamen, por unanimidad aprobado, declaró que «para completar la Historia del Emperador de Alemania y para rehacer la Historia del Rey de España, la obra del Sr. Foronda no es sólo un auxiliar valiosísimo, sino un elemento absolutamente indispensable»; y que Foronda «no sólo ha prestado un inmenso servicio a la Historia del Emperador y Rey, sino á la Historia de todo el período a que se extiende la vida del glorioso solitario de Yuste» (2).

Después de juicios tan autorizados, parco debo ser yo en elogio de la obra. Es ella, en mi juicio, un modelo de *Cronología científica*, en el sentido menos ceñido y más amplio que hoy

(1) Publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, número de febrero de 1915.

(2) Informe aprobado por la Academia en su Junta ordinaria del 24 de marzo de 1916, y publicado entre los *Apéndices* a la *Memoria histórica de la Real Academia de la Historia, desde 15 de abril de 1915 hasta 15 de abril de 1916*, del Sr. Pérez de Guzmán. (Madrid, 1916), pág. 69.

debe darse a esta palabra. Por el proceso y desarrollo me parece la suprema expresión del lema *Festina lentè*, única forma, á mi entender, del apresuramiento útil y práctico. Por el método, la tenacidad y la perseverancia que supone, antójaseme la junta de estas tres calidades, hecha libro. Y aun quiero añadir que si en las altas y medias y bajas esferas de la actividad española de todo orden, algo desmayada, sin duda, pero no tanto como suele decirse o creerse, se aplicaran aquellas facultades con igual intensidad que en la obra de Foronda, el gran problema nacional estaría resuelto, y España volvería a ser en breve la nación más poderosa del mundo, como lo fué en tiempos de Carlos V. ¡Carlos V! Pocos días há contemplaba yo una vez más su efigie en el majestuoso patio del Alcázar toledano: su hermosa estatua, fiel trasunto de la admirable de Leoni, que preside aquella insigne fábrica a que el Emperador dió nueva vida, y que, desde la altura, parece presidir también a la imperial Toledo y aun a España entera. Y al releer aquellas lapidarias frases dignas de semidioses, estampadas en el pedestal, en vano evocaba al futuro y desconocido autor de la definitiva historia del invicto César *semper Augusto*. Pero me confortaba el pensamiento de que cuando ese historiador surja, el luminoso faro que inundará de claridad la senda de la Cronología, inseparable amiga de la Historia, no será la obra de un belga ni de un alemán, sino la de un español, la de Manuel de Foronda.

El cual, como si concluída su ingente labor no se diera aún por satisfecho y añorase los veintisiete años de su vida durante los que ha venido siendo, vamos al decir, el asiduo compañero de Carlos V, en el ameno e interesante discurso que con tanta justicia habéis aplaudido, todavía de Carlos V y de ciertas particularidades de su vida—de la vida del hombre más que de la del soberano—quiso hablaros para terminar con «un himno de alabanza», según él mismo dice, si apasionado, justo, a la gloria de su héroe. ¿Qué podría yo añadir al fondo de ese discurso que no juzgarais redundante o inoportuno? Prefiero deciros que los razonamientos comparativos sobre las crónicas de D'Herbays y de Vandenesse, me parecen sólidos y bien fundados, y que juzgo demostrada la prioridad de la crónica de D'Herbays, caballero de la Orden de Santiago, por cierto, quien sale tan lucido de la

prueba como mal parado Vandenesse. Prefiero reconocer, como habréis reconocido también vosotros, que las cuentas de aquellos tres funcionarios palatinos del Emperador, Longin, Boisot y Stercke, que ocuparon sucesivamente el cargo de *Maistre de la Chambre aux Deniers*, o, como si dijéramos, Contadores de los bastimentos, son fuentes de primer orden para el conocimiento de la vida de Carlos V, en lo que a su aspecto privado principalmente se refiere. Y como consecuencia de esto último, de acuerdo con el sentir de Foronda, cuanto a que los tres honorables Contadores vinieron a resultar, aunque sin pretenderlo, verdaderos cronistas del monarca, opto también por la afirmativa, siempre que se les mantenga dentro de la categoría de cronistas indirectos y secundarios.

Cierto, la veracidad y buena fe de Foronda, patentes en todos los actos de su diáfana vida por una parte, y la prueba documental que acompaña en su obra a cada una de las estancias del regio protagonista por otra, no dejarán lugar a dudas respecto de la fidelidad y exactitud que resplandecen en todas y en cada una de las páginas del libro. Pero voy a suponer por unos momentos que tales pruebas no satisfagan bastante al más receloso y descontentadizo pesquisador en materia de ajenas disquisiciones históricas; y, lo que es más absurdo, hasta voy a dar por sentado que no me satisfacen a mí mismo. En su consecuencia, echo mano de antecedentes y documentos o desconocidos para Foronda cuando publicó su libro o que han salido a luz con posterioridad a él. Comparo las datas de los tales documentos con las que en cada estancia figuran en el libro, y me atenderé y se atenderán el autor y el público a las consecuencias.

En un folleto recientemente publicado (1), el Conde de Doña Marina ha reproducido en facsímile la Real Cédula de concesión del Marquesado de Cerralbo, hecha por Carlos V para premiar los muchos y buenos servicios prestados por D. Rodrigo Pacheco, el hermano del Cardenal, alma de la Liga contra el Turco. La fecha de este documento, cuyo original guarda en su archivo familiar nuestro compañero el señor Marqués de Cerralbo, está

(1) Me refiero al opúsculo del Sr. Conde de Doña Marina, ya mencionado en una nota anterior.

firmado por el Rey en Bolonia, a 2 de enero de 1533. Acudo al libro de Foronda, y hallo que, según los autorizados testimonios de D'Herbays y de Vandenesse, en Bolonia se hallaba, en efecto, D. Carlos en 2 de enero de aquel año, y que en este mismo día escribió desde allí sendas cartas dirigidas a los Diputados catalanes, sobre la ida de la Emperatriz y de los Príncipes a Barcelona y al Arzobispo, Lugarteniente general, sobre la marcha de los mismos a aquella ciudad y preparativos para las Cortes de Monzón (1). Las fechas, como se ve, coinciden.

Persona digna de todo crédito me asegura que en Albalate de Zorita, pueblo de la provincia de Guadalajara y diócesis de Toledo, en una casa propiedad de un D. Wenceslao Magallanes léese en la pared izquierda del portal, según se entra, la inscripción siguiente:

«Año de M.DXXVIII a XXIV de Abril vino el Emperador D. Carlos a esta villa de Alvalate: posó en casa de Miguel Sz del Molino.»

Interesante, como se ve, es el epígrafe, que, o mucho me engaño, o hasta aquí ha permanecido inédito (2), y también es de interés averiguar su grado de certeza. Torno a la obra de Foronda, en la cual no hallo rastro de la inscripción de Albalate. Pero consta allí por testimonio de Stercke que el Emperador, que había pernoctado en Albalate el anterior día 23, en el mismo Albalate comió el 24, saliendo luego en dirección a Torrejoncillo (3). También esta vez convienen los documentos.

Pocos meses después que el de Foronda, en marzo y en agosto, respectivamente, del año pasado de 1915, salieron a luz otros dos notables libros de materia histórica: los rotulados *Noticias históricas y genealógicas de los Estados de Montijo y Teba* y *Series de los más importantes documentos del Archivo y Biblioteca del Exmo. Sr. Duque de Medinaceli*, publicados de orden y a expensas de dos jóvenes próceres que ostentan la

(1) *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, año 1533, pág. 371.

(2) A lo menos, ni lo inserta, ni aun lo cita el diligentísimo Catalina García en la *Relación y Aumentos* de Albalate de Zorita, que incluyó en las *Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara*, t. II. (*Memorial histórico español*, t. XLII.)

(3) *Estancias y Viajes*, año 1528, pág. 307.

representación de muy ilustres Casas de nuestra Nobleza. Y a fe que tales rasgos de los Duques de Medinaceli y de Alba, a quienes bien sabéis me refiero, vienen a demostrar una vez más que, contra lo que se cree por ahí, en la aristocracia española no todo se reduce a perder el tiempo en el Club y a cultivar deportes más o menos exóticos. Persistiendo, pues, en mi supuesta desconfianza, acudo a esos libros, algo más recientes que el de Foronda, seguro de hallar en ellos limpia y clara fuente de noticias que toquen a las estancias de Carlos V. Ved aquí el resultado de mi búsqueda. Según consta en el libro del Duque de Alba, una Real carta del Archivo de Montijo nos hace saber que en Valladolid, en 13 de agosto de 1527, Carlos V concedió merced de hábito de la Orden de Santiago á D. Cristóbal Osorio. Por un privilegio, existente en el Archivo de la misma Casa, fechado en Toledo a 26 de junio de 1539, declaró el Emperador que, habiendo desmembrado de la Mesa Maestral de Alcántara la villa de Barcarrota, la vendía al Marqués de Villanueva del Fresno D. Juan Portocarrero por 31.622.300 maravedises. Entrando por la documentación de la Casa de Arteaga, hállase noticia de cinco cartas dirigidas por el Emperador a don Juan de Arteaga, a saber: en 6 de noviembre de 1516, desde Bruselas, de creencia del embajador Laxao y Cardenal de Tortosa para lo que le dirán de su parte; en 17 de diciembre de 1520, desde Worms, de creencia del Condestable, que le hablará de lo que de él se desea para la mejor guarda de la provincia y ciudad de Burgos y su estancia en ella; desde Maestricht, a 16 de octubre del propio año, manifestándose satisfecho de los servicios de Arteaga y previniéndole que obedezca lo que los Virreyes ordenen; desde Burgos, a 10 de septiembre de 1523, nombrándole Gentilhombre de su Casa con quitación de 240 maravedises diarios, y desde Madrid, a 21 de agosto de 1528, dándole gracias por sus trabajos para levantar mil hombres en el Condado y en la provincia de Guipúzcoa contra zabras y corsarios franceses. Ahora es en los fondos de la Casa de Baños y Leyva donde nos encontramos con tres mercedes hechas por el Emperador, precisándose las fechas, en favor de dos sujetos, a saber: en 10 de febrero de 1533, desde Bolonia, nombrando capellán a D. Diego de Leyva, hijo de Juan Martínez de Leyva;

en 2 de junio de 1551, desde Augsburgo, otorgando título de Alcaide y Capitán de África a D. Sancho Martínez de Leyva, Comendador de Ocaña, y en 25 de junio de 1553, desde Bruselas, con título, a favor del mismo Martínez de Leyva, de Capitán general de las galeras de Nápoles. Ciñéndonos, en fin, a la aragonesa Casa de Clymente, vemos que en 18 de abril de 1518, hallándose Carlos V en Aranda de Duero, escribió al protonotario real Miguel Velázquez Climente anunciándole la visita de don Antonio de Fonseca, Obispo de Burgos, y del tesorero Francisco de Vargas con una misión que en la carta no se determina; que desde Barcelona manda, en 22 de junio de 1519, a las autoridades de Sacer y del Alguer que no consientan se defraude al dicho Protonotario lo que por cierto derecho, concedido por el rey D. Fernando a su padre y a él mismo, le correspondía, y que estando el Emperador en Mantua, en 18 de abril de 1530, dió privilegio de nobleza para los hijos de los dos matrimonios del repetido Mosén Miguel Velázquez Climente y sus descendientes (1).

Cuanto al hermoso volumen, regiamente editado por el Duque de Medinaceli, hallo en él cuatro cartas de Carlos V autorizadas con su firma. Una de ellas, fechada en Bruselas a 29 de abril de 1517, se dirige a la gente española que estaba en el campo del duque Francisco María de la Robera, requiriéndoles a que se aparten de éste y vayan a servir en la empresa de África. La segunda, de Barcelona, a 23 de junio de 1533, es carta de salutación y cumplimiento al Duque de Cardona. En la tercera, firmada en Medinaceli a 25 de enero de 1534, pide el Emperador a la Duquesa de Cardona cierta «confection esquisita» que se hacía en su casa, para enviarla a la Reina de Hungría, su hermana, que estaba enferma. La cuarta, por fin, enderézase en 24 de julio de 1542, desde Monzón, al Duque de Car-

(1) *Noticias históricas y genealógicas de los Estados de Montijo y Teba, según los documentos de sus archivos. Las publica el Duque de Berwick y de Alba* (Madrid, 1915). *Vid.*, páginas 4, 19, 42, 43, 44, 221, 245, 249 y 256.

En la *Advertencia preliminar* hace saber el Duque de Alba que, como en los anteriores libros publicados por su Casa, también en éste ha sido su colaborador el Sr. Paz y Melia para la elección, transcripción y demás trabajos conducentes a la mejor disposición de la obra.

dona, para que facilite en sus Estados los auxilios que al Duque de Alba sean necesarios (1).

Acaso, o mejor, sin duda alguna provoqué vuestra fatiga con esta casi escueta enumeración de fechas y de nombres propios; pero ella me era necesaria para añadir que, efectuados minuciosamente por mí los necesarios cotejos de lugares y de tiempos entre los mentados documentos de Medinaceli y Alba, y los correspondientes pasajes de las *Estancias* de Foronda, la concordancia resulta perfecta, demostrándose así una vez más la sólida autoridad de que deben gozar y gozan el libro y su autor. Después de estas concluyentes pruebas, ¿qué puede añadirse a lo ya dicho en loor del *Libro maestro* de Carlos V, de la obra maestra del nuevo Académico de la Historia?

Aquel agudo D. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo y Consejero del gran Emperador, a quien Foronda ha consagrado tantos años, atribuyó a Marco Aurelio una sabia sentencia: que «no está la felicidad en tener corta o larga la vida, sino en saber bien emplearla» (2). Conforme, como no puedo menos de estarlo, con la tal sentencia, yo la alteraría un tanto diciendo, que no está tan sólo la felicidad en saber emplear bien la vida, sino además en que ésta sea larga, para que el bueno y dilatado empleo que de ella se haga redunde en mayor provecho del que bien vive, de sus conciudadanos y, en general, de todos sus prójimos. Y así alterada la sentencia, yo la aplicaría, y aun la aplico, al Académico de hoy, que sin duda se siente feliz considerando, de una parte, la larga vida que le permite gozar la Providencia, y de otra, el buen empleo que ha hecho de ella. Y para que nada falte a su ventura en este día de su recepción

(1) *Serie de los más importantes documentos del Archivo y Biblioteca del Exmo. Señor Duque de Medinaceli, elegidos por su encargo y publicados a sus expensas por A. Paz y Melia. Iª serie histórica. Años 860-1814.* (Madrid, 1915). Documentos CCXXVI, CCXXVIII, CCXXIX y CCXXXI, páginas 376, 379, 380 y 381, respectivamente. Debo advertir que en la obra de Foronda (pág. 520), en el día 24 de julio de 1542 se menciona en extracto un documento tomado del trabajo del Sr. Bofarull y Sans, *Predilecciones de Carlos V por los catalanes* (Barcelona, 1896), que acaso es la misma carta cuarta a que aludo en el texto, aunque para nada se cita en dicho extracto al Duque de Cardona.

(2) *Contra la disolución en la vejez.* Cap. I, «De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a Claudio y a Claudina».

académica, hasta le ha sido dado a última hora ver desaparecer la laguna en que se ocultó para él Carlos V allá por julio de 1538: verdadero torcedor de la vida de Foronda durante unos cuantos años. *La fortuna es como las mozas, que vuelve la espalda a los viejos*, diz que dijo el propio Carlos en un momento crítico de las postrimerías de su reinado. Pues si resucitara hoy y supiera el buen suceso del reciente hallazgo deparado a su cronólogo, pienso que retiraría la frase de la circulación.

Señores Académicos: vístese de fiesta nuestro Instituto cada vez que a él ve acercarse a alguno de sus elegidos, para recibir los lauros que coronan a los que legítimamente pelearon. Sea, pues, Foronda bien venido, para ocupar el asiento que le tenían reservado su labor, su saber y su constancia. Al cumplir el mandato con que me honrasteis, llevando vuestra voz en esta solemnidad, estimo interpretar vuestro deseo si digo al señor D. Manuel de Foronda: ¡Guárdeos el cielo, noble amigo, dilatados años; guárdeos el cielo entre nosotros, para bien de la ciencia histórico-geográfica, para acrecentar aun más la pingüe cosecha con nuevos y opimos frutos de vuestra experimentada madurez! Y ya que a la gloria del gran paladín de la Cristianidad habéis levantado un monumento digno de su nombre, cuando se acerque el término de vuestra carrera podréis exclamar, como el inmortal Venusino: *Exegi monumentum*, y añadir podréis con él: *Non omnis moriar*; yo no moriré del todo, pues, a despecho de la muerte, me sobrevivirá mi obra.

HE DICHO.



